ILSE SCHÜTZ BUENAVENTURA
FRAY AGUSTÍN DE BOGOTÁ
LUIS ALFONSO DELGADO
ARMANDO ROMERO LOZANO

# EL SEÑOR SUAREZ

CUATRO CONFERENCIAS
SOBRE SU VIDA Y SU OBRA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

# EL SEÑOR SUAREZ

**Universidad del Valle**
**Programa Editorial**

Título: *El Señor Suárez, Cuatro conferencias sobre su vida y obra*
Autores: Ilse Schütz Buenaventura, Fray Agustin de Bogota, Luis Alfonso Delgado y Armando Romero Lozano
ISBN PDF: 978-958-765-818-7
DOI: 10.25100/peu.262
Colección: Biblioteca de la Universidad del Valle
**Edición Impresa** **diciembre 1955**
**Edición Digital** **julio 2018**

© Universidad del Valle

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, julio de 2018

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

# EL SEÑOR SUAREZ

CONFERENCIAS LEIDAS CON MOTIVO

DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

CALI - COLOMBIA

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Al cumplirse el centenario del nacimiento de don Marco Fidel Suárez (abril de 1955), la República rindió a su memoria un homenaje fervoroso, que entre otros aspectos estimulantes tuvo el de unir a todos los hijos de la patria en torno a un nombre insigne y en la exaltación de una obra perdurable.

La Universidad del Valle, en asocio de la Dirección General de Educación Pública y de la Biblioteca Departamental, se unió al homenaje con la serie de conferencias que recoge este libro, con el cual inicia la presente Biblioteca, que aspira a ser la expresión móvil y lo más periódica posible de las manifestaciones de cultura, en todos sus aspectos, que se hayan producido o se produzcan en esta región de Colombia.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

# SINO Y DESVENTURA

DE

# MARCO FIDEL SUAREZ

POR

ILSE SCHÜTZ BUENAVENTURA

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Dentro de mis lecturas dispersas, interrumpidas por la faena estudiantil, nunca creí encontrar un personaje cuyo destino fuera más aciago que el de Edipo, el lacerado rey de la tragedia de Sófocles. Un sino semejante, una cruz tan pesada, un destino tan siniestro, no se repiten fácilmente. Eso sólo pasa en la literatura – me decía –. Lejos estaba de pensar que un compatriota nuestro, hijo de la tierra que pisamos, hubiera de sobrellevar miseria, dolor y decepciones, que aunque no tan horribles como las del inmortal tebano, tienen un fondo oscuro de tragedia humana porque constituyen la lucha de un hombre contra un medio social, hostil y adverso.

Marco Fidel Suárez es Edipo nacido en la cristiana Colombia. El gran humanista vino al mundo en una choza humildísima de Hatoviejo, caserío perdido en un vallejuelo cordillerano, regado por cristalinas quebradas, cruzado de vallados que rubrican las enredaderas. Rosalía Suárez, la madre, formaba parte del grupo de lavanderas que en las tardes soleadas pasaban, cantando y riendo, con un cesto de ropas sobre las cabezas juveniles. Esa hermosa campesina de cabellos sueltos y húmedos, tez muy blanca y ojos claros, fué hecha madre, con palabras de fementido amor, por un joven de alcurnia de la vecina Villa de la Candelaria de Medellín. Pocos días después del nacimiento del

anónimo bastardo, continuaba sus viajes al río agregando al hatillo de ropas sucias el leve peso del hijo que dormía, inocente del escándalo que había suscitado, en una pequeña cesta de mimbres entretejidos. Pero ya Marco Fidel Suárez había comenzado su carrera de dolor: era nada menos que el "pecado del pueblo".

Como Edipo, Marco fué abandonado por su padre a los rigores de la miseria. Mas aquél fué expuesto debido al temor a una profecía terrible. Este a causa de los prejuicios de una sociedad estrictamente hermética, como era aquélla de la Antioquia tradicionalista de mediados del siglo pasado. José María Barrientos, el seductor, lejos de dar su nombre y su ayuda al niño, se alejó, medroso, del caserío durante mucho tiempo. Los amigos en la escuela fueron pocos. Con ellos olvidaba Marco su habitual tristeza, motivada por la continua hostilidad de sus compañeros. El cura y el maestro facilitaban los útiles necesarios al muchachito tímido que casi nunca reía, a quien el conocimiento de su origen ilegítimo le impedía entregarse al placer de vivir la alegría de la infancia. Las rojas manos encallecidas de la madre, que trabajaba sin descanso en el horno y en el río, crearon en el hijo la voluntad irrefrenable de redimirla. Mientras ella amasaba el pan, él estudiaba a la luz de un velón humeante. El sueño lo vencía con el libro entre las manos.

Cuando el pueblo le quedó pequeño ingresó en un colegio de La Ceja. A su arribo, los condiscípulos se agrupan en torno al recién llegado. Su pobre indumentaria, que contrasta con la belleza del rostro, les llama la atención. Marco se ruboriza intensamente, y en sus ojos hay una mirada que implora a gritos el auxilio

de una mano amiga. Cuando algún indiscreto les revela la verdad, ellos se lo hacen notar veladamente. Lágrimas de amargura y rabia contiene con trabajo. Ahora no inspira curiosidad. Es pasto de la burla y del sarcasmo, no por infantiles menos crueles. Confuso y desconcertado, es la víctima de todos. Lo señalan, le buscan camorra, lo tratan como a un criado. Todavía no alcanza a comprender cómo es posible que a los doce años se tenga que sufrir tanto.

Lo mismo sucede cuando decide ingresar al seminario. "Ni aquí se me deja de humillar", escribe el adolescente a Rosalía. La modestia rayana en humildad no implica la desaparición del orgullo personal. Por el contrario, éste se ha fortificado a despecho de la seguridad en sí mismo. El pasado no podía haber modelado su alma de diferente manera. Es un hijo de las circunstancias. Tiene miedo al mundo, a la burla. El conflicto no llega aún a la ironía: simplemente le causa una aplastante sensación de inferioridad social.

Cerca de nueve años pasa estudiando en el antiguo caserón de altas paredes, ventanales enrejados y grandes patios. Con frecuencia recuerda a los rapazuelos descalzos, que en su compañía regresaban a las chozas, bañados en sudor, las caritas sucias pero sonrientes. Años más tarde dirá refiriéndose a estos tiempos: "Nuestras ilusiones eran muy tristes pero muy inocentes; y tenían el encanto del dolor no causado por el reconocimiento sino por la presión de afectos y aspiraciones que no hallaban vuelo . . . ."

Llega el día de la ordenación sacerdotal. La solemnidad de la fiesta emociona a los presentes. Todos los compañeros de Marco están en la capilla. Pero él no

está . . . Con el corazón destrozado, el pobre muchacho ha comprendido que no le es posible realizar el único sueño de su vida. Primero le insinuaron su ilegitimidad de nacimiento. Aguantó el golpe seco sin pestañear. Ni siquiera protestó. ¿Para qué? Luégo el consejo de que no se ordenara . . . . Que haría mayor bien en el mundo como seglar . . . El orgullo no pudo resistir más. La pena y el sufrimiento dieron rienda suelta al llanto mientras recogía sus libros y formaba con sus pocas ropas su miserable impedimenta. Y salió del seminario tan desamparado como había llegado. Sólo que la espina que llevaba dentro del pecho se había hundido un poco más. Ahora comprendía que para todos no era sino un paria, un miserable bastardo a quien únicamente le era dado aspirar a ocupaciones propias de su estado social.

Ante tan incierto porvenir decide viajar a Bogotá, alentado por la beca recién otorgada que le permite estudiar en uno de los mejores planteles de esa ciudad. En los primeros días de un frío agosto arriba a la capital. Se encuentra en la "Atenas Suramericana" de 1880. La culta ciudad arde en fiebre por los estudios. Una pléyade de ilustres literatos ha concentrado todo el saber de la república en la urbe capitalina. La política hace de Bogotá un reverbero de luchas y pugnas. La corriente de oposición contra el soberbio radicalismo cuenta en ese agosto con su cabecilla en la presidencia. El doctor Rafael Núñez constituye la única esperanza de los círculos conservadores e independientes.

Todo esto observa con detenimiento el recién llegado. Roto y sucio camina por una de las calles de la iudad con los ojos bajos, la espalda ligeramente encorvada y una sensación constante de incomodidad. Y a su llegada, nuevamente, la experiencia que le aterra. Ojos caritativos miran otra vez al que tiene todas las trazas de ser un vagabundo, quizá un mendigo. Después enteran de que es un condiscípulo más, que ha viajado a pie muchos kilómetros para ingresar al Colegio del Espíritu Santo.

Un suceso de vital importancia introduce a Marco en el campo de las letras: en noviembre de 1881 la Academia Colombiana celebra el centenario del nacimiento de Andrés Bello. El principal acto de la fiesta consiste en la apertura de los pliegos que contienen los nombres de los ganadores de un concurso organizado por dicha corporación en homenaje al ilustre caraqueño. Marco resulta favorecido. El feliz acontecimiento deja al muchacho petrificado en su asiento. En medio del aturdimiento se levanta sigilosamente y emprende la fuga hacia la puerta. Sus amigos le toman del brazo. Como los espectadores comienzan a notar el incidente, el joven no tiene más remedio que subir al estrado, en compañía de los otros vencedores, en medio de estruendosos aplausos y del comentario general. Los concurrentes se preguntan con curiosidad quién es el "paisita" pobremente vestido que ha ganado el primer premio. Marco Fidel Suárez, en cumplimiento de lo dicho en las bases del concurso, queda constituído como miembro de la Academia a los 26 años de edad.

En Hatoviejo, el despreciado rapaz de antaño se ha convertido en el orgullo del lugar. Las lenguas de

las comadres dejan por un momento el tema trivial para alabar al hijo de la envejecida lavandera y la familia Barrientos le ofrece su linajudo nombre. La esposa de don Pepe ha muerto y ya es posible reparar la iniquidad. Pero el joven no acepta. ¿Orgullo? Probablemente. En todo caso, manifiesta que su nombre es ya bastante conocido en el país y que el cambio no será bien visto. Sólo usará el apellido Barrientos en la correspondencia familiar. "No es la vida, dice, combate de un solo día, ni a los triunfos de la tierra puede concedérseles aquí descanso indefinido; la labor del propio perfeccionamiento se ha de prolongar tanto como la propia existencia". "La rectitud, la constancia, el temple de alma, son palabras acertadamente formadas que, con admirables símiles velados, expresan muy bien la nobleza moral del hombre". He aquí el ideario del joven literato. Esto sumado a la inquebrantable fe religiosa y al resentimiento causado por la frustación social componen el ánimo contradictorio.

Pero este joven maestro de 26 años aún no tiene qué comer. Duerme donde lo coge la noche; come cuando lo invitan los amigos, pues el escaso sueldo no alcanza sino para un frugal refrigerio. Un elegante caballero le ha dado un cargo en una oficina pública. Su despacho es frío y oscuro, más desván que habitación de trabajo.

El nuevo jefe, por embromarlo, le manifiesta que él madruga mucho.

—También a mí me gusta madrugar.

—Pues preséntese usted mañana a la primera hora del día, y entonces veremos.

Apenas aclara el día, el dueño de la oficina, queriendo anticiparse, talvez con la intención de no darle el empleo, llega a ella. Sin embargo, allí está el muchacho medio entumecido esperando quién sabe desde qué horas. A las doce el jefe toma el sombrero y la capa y le dice:

— Ya es tarde; usted ha trabajado mucho. Vamos a almorzar.

— Si le parece, señor, responde Marco, yo adelanto un poco más el trabajo y cuando salga a almorzar ajusto la puerta.

— Puede usted aguardar si lo prefiere.

Al volver en la tarde, encuentra al joven consagrado a su labor. Así pasa las horas siguientes hasta que empieza a oscurecer. Entonces oye el joven que le dice:

— No prolonguemos más el trabajo, que ya va siendo noche.

Recoge y arregla los papeles en cumplimiento de la orden; pero se advierte una expresión de angustia en su semblante. De vez en cuando mira al caballero que lo espera en la puerta, como si quisiera decirle algo y no se atreviese. El lo nota y le sale adelante.

— Hombre, usted como que quiere decirme algo y no se atreve. Diga.

— Sí, señor, quería que me prestara, a buena cuenta de mi trabajo, dos reales.

— ¿Pero por qué no aguarda más bien a que le pague todo al fin de la semana? Temo que usted vaya a mal-

gastar esos dos reales después de haber trabajado tanto para ganarlos. ¿En qué piensa gastarlos?

— Señor. . . . es que estoy en ayunas.

* * *

El hambre, las necesidades y la falta de dinero para costearse la curación de una persistente dolencia estomacal le obligan a buscar trabajo en el mismo colegio en el cual estudia. Un constante sentimiento de soledad le embarga a cada momento. La prematura calvicie aumenta su mal humor. Con la mirada fija en un punto indefinido pasa las horas acariciando con la mano la barba cerrada, pensando que es un hombrecillo insignificante, un don nadie. "Lo peor de todo – escribe a su mejor amigo, Luis Martínez Silva – es que yo, debido a la soledad de que le hablé, he caído en un desaliento más profundo y en más amargo tedio que aquél que usted me conoció hace dos o tres años. Veo todo del color de sepultura; casi me he vuelto misántropo por completo (excepto con aquellos a quienes he colocado en mi corazón en puesto invariable). Todos los hombres me dan miedo. Mi vocación cada día más dudosa, mi vejez cada día más inminente, por no haber hecho nada útil, la ausencia de mi madre, indefinida, la vida tan igual, todo me tiene lleno de angustias. Si el Señor me concediera con qué mantener a mi familia de modo que yo no tuviera más qué pensar en ella, entonces yo sabría lo que haría. Pero qué: el dinero me huye a mí y jamás juntaré con qué lograr mis ansias para lograr la paz de mi alma adolorida desde mi niñez y triste hasta la muerte."

Los vaivenes políticos de la Colombia agitada de aquellos tiempos parecen culminar con el triunfo de las armas independientes y conservadoras en el año de 1886. Marco Fidel, convencido desde un principio de la segura derrota de la causa que profesa, se niega a creer en el triunfo de La Humareda. Pero supera pronto la inicial desconfianza, y se convierte en el más activo de los propagandistas del doctor Núñez. La defensa de la obra del Regenerador se torna en su imperativo moral. A la diatriba responde con la tesis de la continuidad sicológica y política de Núñez, de quien afirmó que había obrado de acuerdo consigo mismo, y no movido por rencores o personales conveniencias. Mas a pesar de esta encendida admiración, no puede sostenerse que las ideas de Suárez en lo político sean una emanación de las de Núñez. Surgen como resultado de un proceso que nace de sus propios principios. La Regeneración no lo formó; solamente lo interpretó.

La introducción de Suárez en el escenario político obedeció a circunstancias puramente casuales. Algunos de sus constantes benefactores creen ver en él una persona que posee los ímpetus necesarios para desempeñar ciertos cargos, y no se sienten posteriormente defraudados en su creencia. El traje raído no importa. Lo que interesa verdaderamente es el hombre. Marco pasa sucesivamente de subsecretario en el ministerio de relaciones exteriores a secretario, y al cabo de tres años más recibe en propiedad el nombrado ministerio. Complacido, se oye llamar "don Marco". Así lo nombrarían de allí en adelante.

Sus cualidades como internacionalista y diplomático son eximias. Mide sus actos. La susceptibilidad

enfermiza le hace presentir los movimientos, los cambios y aún las palabras de las personas con las cuales trata. Tiene siempre la respuesta lista, y contesta con un acento de humildad que desconcierta inclusive al embajador más avezado. Lleva la conversación al tema que se propone. Une a la aparente sumisión un tanto de ironía, y con ello dirime controversias, negando sin encarecer la negativa, pidiendo sin exagerar el monto de la justicia, yendo al grano lo más pronto posible. Durante cinco años coloca las bases que posteriormente servirán a Colombia para solucionar uno de sus más agudos problemas. No le importan los fracasos y las discusiones. Marco Fidel Suárez comprendió que el factor más importante para la soberanía de un país es tener resueltos sus problemas limítrofes y se propuso delimitar la patria heredad. Al mismo tiempo, continuó en su incansable empeño de manterner la unión en las filas nacionalistas, partido formado a raíz del movimiento encabezado por Núñez. Las grietas que presentaba el edificio regenerador eran ya visibles y la amenaza de ruina ineluctable.

* *

En enero de 1884 conoció a la mujer de sus sueños. Aquella morena de largos cabellos y dulce mirada le robó el corazón desde el primer momento. Pero el tímido enamorado tan sólo se contentaba con romper el orden riguroso que había establecido en sus horarios para rondar la calle donde vivía la hermosa y lanzar ávidas miradas hacia la ventana de cortinas blancas y macetas de fucsias. Al tiempo que comprendía que

nunca podría vivir sin el amor de Isabel veía con desconsuelo que jamás podría declararle sus sentimientos. Ella, de noble cuna y padres acaudalados, no fijaría sus ojos sobre un hombre que carecía de apellido y de bienes de fortuna. El confidente de esos pesares era de nuevo Luis Martínez Silva, el amigo fiel que comprendía los pesares del resentido condiscípulo. Las cartas dirigidas a él son una verdadera confesión: "Ludovico amigo, – le escribe – le contaré que estoy perdidamente enamorado de . . . una monja. Jamás me había visto tan fuera de mis casillas como ahora que me tiene enloquecido la más bella visión que he visto en mis 28 inviernos. La morena más hermosa y recatada, cuyo nombre es el secreto de mi vida, la mujer más atractiva que ha pasado ante mi vista, me tiene hecho un jumento al mismo tiempo que un energúmeno, un tenorio y un Quijote. Usted no la conoce; yo la he visto tres veces apenas de enero a acá y sin embargo la herida que llevo en mi alma, por ella abierta, mana y manará sangre hasta quién sabe cuándo. Francamente, jamás había sentido pasión igual, mi querido Luis; a tal extremo que si pudiera obtener ese tesoro, el mes entrante me despacharía".

"Pero, ¿qué resultará de este nuevo episodio de mi triste vida? Resultará un desengaño más y una esperanza menos . . . Surgirá una nueva sombra y no una nueva estrella, se rematarán los pocos pelos de mi calva y se acabarán de platear mis sienes, y, "para colmo de penas", me decidiré resueltamente a entrar de cartujo, de mendicante o trapense, cuando cumpla la edad de la crucifixión, los treinta y tres. Pero si ha de ser así, si ella ha de inducirme a fin tan santo, bendita sea ella . . ."

Como sucede con la generalidad de los amores desgraciados, una vez que se ven correspondidos, y cuando los protagonistas del eterno drama del amor no están quemados por la candela erótica, Marco Fidel Suárez y doña Isabel Orrantia y Borda tocaron la cotidiana realidad de su situación. Ella pensaba talvez que era preferible la inteligencia de este mozo de porvenir a los pergaminos y blasones que vagamente se le podían ofrecer. El, más abiertamente, escribía a su corresponsal y confidente que "el matrimonio no tenía para él más atractivo que el de ser higiénico y preservativo". "Por lo demás, – agregaba – me parece carga pesadísima e insoportable a mis hombros". El idilio, si es que así puede llamarse una larga relación sentimental de once años, culmina con el matrimonio, en agosto de 1895. Constituyen un hogar tranquilo, apacible, ya sin las tempestades de la juventud. Ella, como mujer, está más cerca a la realidad de sus existencias, y con una sabia paciencia sabe constituír el centro único de interés de su hogar en torno de los libros de don Marco.

Pero esta felicidad no podía ser duradera: cinco años más tarde, siendo ministro de educación nacional, don Marco protesta en un escrito contra el movimiento del 31 de julio de 1900, que arrebató el poder a un anciano respetable. Una multitud vociferante se agolpa frente a la casa del funcionario "soez e irresponsable" que ha levantado su voz para juzgar inicuo ese proceder. Y a la promesa de abandonar para siempre aquel campo lleno de inmundicias, como llama a la política, se une algunos meses después la muerte de la mujer buena y comprensiva que no pudo soportar el dolor de ver al

esposo perseguido. El barbudo y calvo cincuentón de 1901 concentra entonces todas las potencias de su sér en los libros y llena de mimos a los dos pequeños hijos que le dejara Isabel.

Prepara don Marco la política es un mal necesario... "Sin ti porque me muero, contigo porque me matas"... En 1910 observa que la unión republicana perjudica, según su parecer, los intereses del partido conservador; por otra parte las reformas aprobadas por la Asamblea Nacional, reunida ese mismo año para modificar ciertos aspectos de la Carta de 1886, echan a perder – como piensa – gran parte de la obra de Núñez. Para impedir que la cosas sigan avanzando decide consolidar la unión de la dos ramas del conservatismo, o sea la nacionalista y la histórica. Las gestiones encaminadas a lograr ese efecto alcanzan buen éxito, y don Marco forma parte en 1912 del directorio dual de la Unión Conservadora. He aquí al individuo entregado nuevamente al ejercicio de actividades que serán su ruina. He aquí al hombre cumpl ando las fuerzas acumuladas durante diez años en procurar la realización de la utópica fórmula que ha escogido como representativa de las aspiraciones de su partido: "Libertad en la justicia".

El diligente campanero de la Unión Conservadora, como se apellida recordando su oficio del seminario, no deja de halar las cuerdas durante cerca de cinco años. La entrega absoluta a la causa política no le impide afirmar que ese campo no es el suyo. Al empeño desmedido en la sustentación de sus ideas se une la crítica de sus propias acciones. Era mezcla de orgullo y humildad que presenta en todos sus actos le causa prejuicio. ¿Cómo pretende imponerse quien se reconoce

"sin dón de gentes, ni sociabilidad, ni conocimiento de los hombres?" "Me faltan – afirma convencido – el sufrimiento y la paciencia, la discreción, la tolerancia, la firmeza, la actividad; carezco de previsión, cautela, agudeza, penetración, ciencia de los negocios públicos, ilustración legal e histórica."

Una lista semejante basta para desanimar al más ardiente partidario. ¿Por qué se empeña en desacreditarse? ¿Qué persigue con ello? Y si es verdad lo que dice, ¿con qué objeto se introduce en campos que, según su propio parecer, le están vedados? El mismo da la respuesta: "Estoy persuadido de que yo no tengo vocación ni aptitudes para desempeñar elevados puestos. Lo que me obliga a cumplir la voluntad de Dios, cooperando a una unión benéfica a la patria, provechosa a la buena causa, y en que prevalece la tradición genuina que ha sido nuestra específica manera. Nada puedo, ni quiero, ni deseo; pero sucede en todo acto que los individuos y circunstancias **más insignificantes en sí** pueden tener importancia en el curso de los acontecimientos. Esa cooperación mía exenta de interés, de vanidad, y en cierto modo fatal, ha sido y puede seguir siendo útil por casualidad. Ese es mi papel, y yo comprendo que si tratare de alterarlo, me hundiría y haría mucho mal en vez de bien".

En cumplimiento de estas convicciones, con el espíritu de inmolación característico, elabora al ser nombrado otra vez ministro de relaciones exteriores, durante la administración del doctor Concha, su famosa doctrina del "Respice Polum", con el fin de sentar el criterio que debe dirigir las relaciones con los Estados Unidos. Todavía persiste el rencor contra la nación que fo-

mentara la secesión de Panamá, alentada por el proyecto de abrir allí un canal. A estas gestiones se unen otras llevadas a cabo con el objeto de mantener la neutralidad del país en relación con la guerra mundial de 1914. Y cada vez que la importancia de su obra salta a la vista de los demás, los obstáculos son mayores. Cuando los conservadores hablan de su posible candidatura, a comienzos de la campaña electoral, aparece en algunas paredes el siguiente letrero: "Colombianos: Huertas el traidor está en estos momentos en el Palacio de San Carlos. ¿Consentiréis sus traiciones? ¿Permitiréis que Huertas venda a la Patria?"

Y algún periodista cruel se ceba, como todos sus enemigos, en el humilde origen del anciano diciendo que "el señor Suárez no tiene señora para llevar al Palacio de la Carrera". El pobrecillo, vencido por el dolor, tan sólo exclama: "Injuriarme a mí porque vivo con la dulce abejita de la paz". . . . Es que el país, en ese tiempo, como ahora y como mañana, vivía apegado no a la moral sino a las formas de la moral. . .

La muerte le arrebata muy pronto al objeto de esos insultos. La lavandera parte sumiendo al hijo que cumpliera la promesa de redimirla en la más negra tristeza. Ella se va tranquila porque sabe que sus esfuerzos no fueron vanos. Pero él se queda sabiendo que ahora serán dos las tumbas que irá a visitar cada domingo. . . .

* *

A pesar de la intensa campaña electoral desarrollada por los partidarios de Guillermo Valencia, los conservadores que apoyan la candidatura de don Marco ob-

tienen la victoria. ¿Fraude? Probablemente, según lo creen algunos. Lo cierto es que el rapazuelo descalzo, el muchacho hambriento que llegó a Bogotá en 1880, ha suplido con el esfuerzo lo que el destino le negó. "De la choza al palacio", dicen simplemente los periódicos al pie de las fotografías que muestran el ranchito de Hatoviejo y el Palacio de Nariño. . .

Pálido y tembloroso se presenta el día de la posesión, en medio de la rechifla de algunas gentes groseras que se han mezclado a la multitud que llena la Plaza de Bolívar ese 7 de agosto. Una terrible ansiedad le había mantenido en este estado lamentable porque el general Vásquez Cobo, quizá con el afán de provocar su renuncia, había anunciado con anticipación un golpe de fuerza, expresándose así, al referirse a don Marco: "Si me lo sirven me lo como. . . ."

Pero, afortunadamente, ningún suceso desagradable tuvo lugar, salvo que los congresistas liberales no asistieron a los actos de la posesión.

A un dolor se agrega otro: Gabriel, el hijo en quien cifraba todas sus esperanzas, perece en los Estados Unidos, víctima de una epidemia de fiebre infecciosa. El anciano se vuelve loco de pena. Manda a llamar a don Julio Garzón para que le pinte un mapa, por medio del cual pueda localizar la estrella que alumbra sobre Pittsburgh, sitio donde murió el muchacho, y permanece de claro en claro con la mirada clavada en el cielo. Oigamos a Edipo en una carta a un amigo residente en los Estados Unidos: "En el caso mío este dolor se me ha aumentado con varias circunstancias, como la ausencia en una tierra como ésa, inclemente y extranjera; el ignorar yo los pormenores de esa muerte, que

según parece arrebató a mi hijo estando entre extraños, sin escuchar ninguna voz amiga; el no saber yo siquiera quien le cerrara los ojos; el decirme que el ataúd de Gabriel viajó solo de Pittsburgh a Nueva York, sin ninguno que lo acompañara, y lo más horrendo de todo, dada mi fe religiosa, el ignorar a punto fijo si el pobre hijo mío tuvo los auxilios espirituales. Ah! Qué torcedor tan cruel; qué cáliz tan amargo éste que yo apuro hace treinta y tres días! Mis noches sobre todo son espantosas, el despertar no tiene comparación, el pecho se me despedaza de pensar en estas cosas. Me voy volviendo loco en ciertos momentos . . ." "Mi consuelo –confiesa anonadado– es recordar y llorar. Se burlan de mí porque al llegar la noticia de la muerte de Gabrielito me levanté y lloré, atribuyendo eso a un estado mental digno de manicomio. Pero cuantos se burlan de mí olvidan que lloré dando gracias a Dios y que al día siguiente seguí llorando, pero trabajando también. Todas las mañanas a las cuatro y media me abrigo con la blusa de lana de Gabriel. El crucifijo lo llevo siempre sobre mi corazón. . . ."

* * *

Fiel a sus costumbres, no las abandona mientras permanece en la presidencia. Don Marco es quizá el presidente más sencillo que ha tenido Colombia. Enemigo de lo moderno, no empleaba teléfono ni usaba máquina de escribir. Tampoco hablaba más de lo estrictamente necesario. Resultaba hosco, pero en la intimidad era cordial. Le gustaba caminar por las calles menos concurridas, con frecuencia en compañía de su secre-

tario Carlos Villafañe. Ante la insistencia del poeta, el señor Suárez se convence un día de que un presidente no debe andar a pie, como cualquier parroquiano, y permite la compra de un automóvil Packard. El quería montar en el carromato que usaba el general Reyes, – dice Villafañe. –

No bien estrena el vehículo pide que lo detengan. –"No me gusta esto, dice bajándose con premura, porque mete mucho ruido". . . Desde aquella ocasión, carro y chofer gozan de vaciones perpetuas.

Otro episodio que demuestra el ánimo raro y contradictorio del mandatario resentido: cierta vez circuló una conseja que llegó a oídos de don Marco, el cual se enteró de que había sido el poeta Villafañe quien la había puesto a circular. Con su rencorcillo entre pecho y espalda iba por una de las calles de la ciudad, cuando acertó a encontrar a su secretario, que en ese momento se asomaba a una ventana de su departamento.–"Adiós, don Marco," dijo Villafañe, extendiendo el brazo en ademán de saludo. El viejo, por toda respuesta, le muestra la lengua, la estira cuanto puede, y señalándola, le dice: "Lenguaraz". "La mayor parte de los dolores políticos de los hombres se deben a la lengua.." Y más tarde diría: "El sabio tiene la lengua en el corazón, mientras que el loco tiene el corazón en la lengua.. . ."

* * *

Llegado al poder comienza a viajar. La preocupación por conocer el país, la necesidad de observar directamente ciertas obras de la costa, y una posible

entrevista con el presidente del Ecuador, doctor Baquerizo Moreno, fueron las causas aparentes de sus viajes. Pero quizá, en el fondo, el ancestro antioqueño, deambulatorio y errante, lo llevó por todos los caminos de Colombia.

Digna de admiración es esta empresa, dadas las incomidades que un viaje representaba hace treinta años y la edad de don Marco, quien contaba en ese entonces con sesenta y cinco años. Las dificultades no lo amedrentaron. Sencillamente vestido, con su jipa, y montado en una mula, emprendió la correría sin escolta, deteniéndose solamente a cada anochecer. Desmontaba entonces de su cabalgadura y se encaminaba al sitio que le tenían preparado. Los curiosos no faltaban . . . Y se encontraban con un viejecillo falto de garbo, confundible con uno de los tantos trajinantes que por allí pasaban.

Cuando arriba a Medellín, sus ojos no parecen notar el gran recibimiento. La mente está muy lejos. La retina no ve la multitud que se agrupa alrededor del carro. Los ojos se cierran y miran a un muchachito desamparado, de la mano de la madre, que se queda como criado en una casa grande y que es uno de los ayudantes de los mozos que sirven un banquete en honor del General Mosquera, sesenta años atrás. Luégo divisan a un seminarista tímido y sonrosado, de cabellos claros, que entra a la ciudad cargado de ilusiones frescas y sale de ella derrotado por bastardo, mas sin perder la esperanza. "Al regresar a mi tierra y a mi choza, afirma, siento que aquélla me dice: ¿Cómo vuelves, hombre aventurero, a mi seno? ¿Vienes desvanecido por la elación o vienes convencido de que hoy

eres menos que ayer, pues ayer te fuiste mozo y sin responsabilidades y ahora vuelves encanecido y abrumado por aquéllas, en medio de las zozobras y peligros de una carga que te agobia? A lo cual respondo: Vengo, madre mía, humilde como me fui, humillado y avergonzado de que me veáis bajo el peso de una cruz muy áspera y muy pesada. Reservad, tierra querida, vuestro juicio, y esperad a ver cómo acabo de cumplir con mi deber. . . ."

Al llegar a la chocita, en Hatoviejo, el llanto inunda sus ojos. Decide dormir allí, sobre el burdo camastro, y revivir los días de lucha, de desamparo, de miseria, pasados al lado de la lavandera. . . Esa noche que Marco Fidel Suárez, presidente de Colombia, pasó en el sórdido rancho en que nació, es una de las noches más hermosas de la historia de Colombia. Y una de las pocas pruebas de que en verdad este país es una democracia. . . .

A su regreso a Bogotá, ha mejorado un poco la situación económica. El café, nuestro eterno termómetro, ha subido y hay algo de bonanza. Pero Suárez no es un buen administrador, y su conducta personal, incierta e inexplicable como corresponde a su carácter de amargado, y la ambición de sus enemigos, desencadenan una fuerte oposición, que se manifiesta en el congreso y en la calle. Sin embargo, el gobierno va de tumbo en tumbo viviendo. Pero en 1921 la situación se hace insostenible. El impacto de la postguerra, con su secuela de crisis económicas, hace tambalear al país. Y éste, que necesitaría de una gran economista en el timón, tiene sólo a un gramático valetudinario e inexperto en el arte de las grandes finanzas . . Sólo hay

una fórmula de salvación para el anémico fisco: los veinticinco millones de la indemnización de Panamá. Pero el tratado que los va a hacer posibles está atascado en el congreso americano, que rechaza la fórmula del "sincere regret", y en el colombiano, que no aprobaría una negociación que entregaría al ejecutivo esa crecida suma de dinero.

Suárez, decepcionado y vencido, rumiando la sensación de un fracaso, resuelve abandonar el poder: lo ofrece a don Jorge Holguín; pero para el hábil político las uvas están todavía verdes, y se excusa alegando enfermedad. Se entrevista con el gobernador Ignacio Rengifo para proponerle que se encargue del mando; mas éste, después de acceder, debe excusarse por razón de duelo familiar. El país está prácticamente sin autoridad, pues don Marco gobierna pero no manda. Así pasan algunos meses. En la cámara, el doctor Laureano Gómez, aliado al doctor Alfonso López, dirige una de las batallas parlamentarias más crueles, eficaces e injustas. Lo acusan de malversador, de aprovechador, de reo de peculado. Los cargos en sí no valen nada. Se trata de la venta anticipada de unos sueldos y de los gastos de representación. Y de unos créditos pedidos a una casa que tiene negocios con el gobierno. Pero los pueblos gustan del olor de la carne sangrante y el escándalo del congreso halla eco en la prensa y en la opinión. El gobierno está caído, y Suárez lo entiende así. Concurre al parlamento a defenderse, acompañado de sus ministros. Todos están ciertos de su inocencia, pero tienen interés en condenarlo.

Y el once de noviembre sale del Palacio, solo, pobre, derrotado, vejado, humillado. Una vez más la medio-

cridad abatió a quien quiso elevarse sobre ella. "Esta historia mía, dice, no se la regalaría yo al más perverso e infortunado mortal, con toda su ruina, con todos sus bochornos, con toda su intranquilidad, fruto de ciertos odios políticos, morbosos muchas veces y maniáticos, que son azote, gangrena y tizón en Colombia".

El presidentico, que sería extraído con dolor o sin dolor, según se había dicho, es ya un hombre sin poder, ni amigos, ni influencias. Políticamente es un cadáver, económicamente un arruinado.

Sólo le queda el derecho a defenderse, sagrado recurso garantizado en todos los pueblos a los más perversos criminales. Pero . . . tampoco existe para Marco Fidel Suárez. Escribe un alegato de defensa bajo el título de **Honores y Deshonra,** y lo lleva a la imprenta. Pero hasta ese lugar llega la inquina. Días después tiene ocasión de comprobar cómo sus manuscritos no solamente han sido sustraídos de la casa editorial, sino que han sido publicados con maliciosas mutilaciones. Con visible temblor en las manos lee esa defensa trunca, con alteraciones, despojada de sus apéndices, con divisiones de capítulos que no tenía, epígrafes burlescos, todo mezclado con caricaturas que lo representan disfrazado de fraile, en contraste con su figura encarnada en el Avaro de Moliére que entierra su cofre. El asunto va a parar a los tribunales, lo que quiere decir que duerme definitivamente en un anaquel.

La tremenda injusticia que se comete con él rebosa la copa de su resentimiento: "Esta es la razón, dirá más tarde, por la cual ese hombre se llama a sí mismo presidente paria, porque se halla en la condición de cier-

tas gentes de la India a quienes no se reconocen derechos. . . ."

Mas el hombre está vencido pero aún no ha muerto. Le queda la pluma. Y ésta no se arredra. Físicamente es un harapo humano; pero su condición no ha variado en lo más mínimo. Sumergido en la "hojarasca" de su escritorio, y revisando detenidamente sus cuadernillos de apuntes, decide emplear ese fruto del trabajo lento y persistente de toda una vida en realizar la obra de su verdadera defensa. Y un día apareció el primer **Sueño de Luciano Pulgar**. No hubo necesidad de cavilar mucho para saber quién era su autor. "No puede ser otro que don Marco", se repetían las gentes. Con curiosidad primero, con voracidad después, leyeron esas páginas magistrales de prosa castellana, cargadas de ironía y amargura, donde campeaban las virtudes idiomáticas de un grande artista. Convencido esta vez de que la mejor arma para su defensa era la pluma, no cesó de "dormir" a los lectores para hacerles soñar unas veces episodios resonantes de la historia, o participar en medrosas pesadillas sobre los sucesos de "entre casa". De **Sueño** en **Sueño** fueron quedando sus enemigos tendidos o mohinos. A algunos los liquidó. A otros los entregó a la burla. A los de más allá, al desprecio.

La justicia llegó, pero quizá demasiado tarde. La Cámara lo absolvió después de largos debates. A la comisión que fue a participarle la absolución, le dijo estas palabras dignas de un romano: "Me volvéis la vida porque me volvéis la honra. Nada tenía ya que esperar para mí. . . Soy un anciano próximo a morir. La proposición aprobada por la honorable Cámara, y

que vosotros me traéis, más que por mí me regocija por estos nietecitos. En lo sucesivo podrán levantar sus frentes, sin que nadie en justicia les pueda decir que no descienden de un hombre honrado.

* * *

Pero la pública reparación le llegó tarde. Los años, la fatiga, las penas morales habían ayudado a la diabetes. Así lo ve el médico de cabecera. Las fuerzas faltan de momento a momento. Ya ni siquiera puede mover el diminuto lápiz. Hace días que está inoficioso, debajo de la almohada, junto al rosario, recuerdo de la pobre lavandera. Grandes silencios. Horas enteras sin cruzar una palabra, con la mirada perdida en el vacío. Hace sacar del bolsillo de la americana un pequeño envoltorio que a nadie hasta ese momento había mostrado: son tres estampas descoloridas, en las cuales a duras penas se puede advertir las imágenes. Hace sesenta años las lleva consigo. Son las mismas que decoraron el muro de barro de una chocita, y que un niño triste ganó como premio otorgado por una miserable mujer para quien había aprendido a leer a los cuatro años. . . . Quizá recuerda que fueron compradas la primera vez que fueron juntos a Medellín . . . Ese viaje en que también adquiriera, con el primer centavo que recibió en su vida, un lápiz. Ese lápiz que siempre ha sido el mismo. Que le sirvió para ganarse la vida. Para defender la honra. Para alcanzar la inmortalidad. . .

El 2 de abril en la noche la enfermedad se agrava. La noticia corre por Bogotá y un espasmo, mitad dolor, mitad arrepentimiento, sacude la friolenta ciudad. Políticos, diplomáticos, amigos, curiosos colman el patio de la casita del Camellón de los Carneros. Se conversa en voz baja o se ora en los rincones. Un practicante pide alcohol para hacer unas fricciones al agonizante. Las mujeres de la casa se miran y en vano buscan en cajones y faltriqueras. Como de costumbre, en la casa de este reo de peculado y avaricia no hay un centavo. Ignacio Rengifo se da cuenta del detalle, y como otras veces, acude con el dinero. Sólo que, rasgo de gran señor, llama aparte a Mariano Argüelles para darle los billetes a fin de que nadie se entere.

Amanece el 3 de abril. Desde los cerros sopla un frío cortante. El enfermo no ha dormido ni un minuto. Se muestra bastante fatigado. Es domingo. Cuando las cercanas iglesias llaman a misa, el anciano parece sonreír. Entra luégo en un letargo sólo entrecortado por palabras casi inaudibles: Rosalía, Gabriel, Isabel ... Después se tranquiliza totalmente y el rostro enmarcado por una barba de varios días, que le da una noble majestad de profeta antiguo, está absolutamente sereno. Un sacerdote le reza las oraciones de los agonizantes. Afuera, el mujerío solloza, y los hombres, en silencio, miran hacia la puerta de la alcoba. Varios embajadores ocupan los modestos asientos de la salita, deseosos de presentar el final homenaje de las potencias del mundo al hijo de la lavandera.

De pronto se le presenta un ronquido entrecortado. Es el final de la agonía. Se ve llegar la muerte y posarse sobre el rostro que se perfila. El sacerdote suspende sus

preces, pues parece que el moribundo quiere hablar. Todos los presentes escuchan las finales palabras de perdón: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. . . . Está bien . . . Preparemos el alma. Dios dirá. . ." Hay un silencio profundo. Marco Fidel Suárez inclina sobre el pecho enflaquecido la hermosa cabeza de pensador. Y muere.

Y con él murió la más cumplida expresión de la democracia colombiana. . .

Y el último humanista. . .

Y un mártir de la República, que no será el último...

# EL CATOLICO EN SUAREZ

POR

FRAY AGUSTIN DE BOGOTA

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Tema de palpitante actualidad es éste de la catolicidad de un ciudadano.

Y a la vez, en nuestro medio, una manera casi exótica de considerar su personalidad.

Con facilidad se habla del carácter, de la grandeza de ánimo, de la elocuencia, de las grandes empresas realizadas en el curso de la vida de un hombre.

Puede también analizarse su obra literaria o su obra científica sin que ello constituya nada extraordinario.

Hablar de la catolicidad de un ciudadano puede ser tema incidental envuelto en la maraña de otras realizaciones, pero no parece poder alcanzar la extensión completa de una conferencia.

Esta, me parece, es la mentalidad de nuestra raza y el criterio de nuestro medio.

Porque el catolicismo, para nosotros, no solamente no constituye un medio de elevación y un estímulo en las actividades de la vida, sino que para un gran número representa elemento negativo en la realización de los emprendimientos humanos.

La vida y la obra del señor Suárez es, no obstante el argumento ad hominem, la prueba palmaria y objetiva de que el catolicismo contiene los elementos indispensables para elevar, fortificar y llenar de optimismo y alegría el ambiente de nuestra terrenal existencia.

Quienes no estiman la única religión verdadera ni esperan nada de ella, y son tantos, se encuentran en ese estado de indiferencia religiosa porque no han podido o no han querido conocer la fuente de la dicha, de la paz, del verdadero amor y de la segura esperanza.

Y los otros, los que nos preciamos de conocer a fondo la doctrina y alguna vez quizá hemos saboreado el néctar de sus delicadas consolaciones, hemos visto en ella un remanso de tranquilidad inactiva o un trampolín para escalar posiciones de renombre o de utilidad temporal que no se compadecen con la esencia de sus principios ni con los fines de su institución.

¿Quién podría poner en duda el hecho de encontrarnos ante una crisis de valores morales de vastas proporciones y de incalculables consecuencias para el futuro cercano de la patria y del mundo?

Porque nadie osaría negar que la verdad se nutre de un principio único y eterno y que el bien tiene como prototipo al ejemplar eterno de infinita belleza y hermosura a quien llamamos Sér Supremo.

Y si nuestra generación no finca la orientación de sus actividades intelectuales en este único principio y sola fuente de verdad, y no nutre sus anhelos de felicidad en el único e infinito ejemplar de bondad, de belleza y hermosura, es evidente que descaminada y desilusionada entrará por los caminos de la desesperación y del escepticismo en el infierno de la revolución.

Por esto considero que la vida de don Marco Fidel Suárez, a quien la vida humana no le brindó aparentemente sino sinsabores, debe tenerse y exponerse como un monumento que atestigua la fecundidad de los principios de una religión que él conoció y vivió con la per-

severancia y el amor que le llevó a la pacífica y alegre posesión de sí mismo.

Sigamos paso a paso, si bien en forma somera, la gama de su vida ejemplar y católica.

Lo primero que salta a la vista en la vida de don Marco es la cuestión espinosa de su origen.

He aquí un problema que deberíamos resolver tomando como base la inspiración del Evangelio.

No podríamos pedir que se desconozca la diferencia entre un hombre nacido en el seno de un hogar bien constituído y otro de origen oscuro.

Los elementos ambientales, estableciendo una regla general, constituyen una fuente innegable de formación y suelen ser el punto de partida de la carrera de una personalidad bien definida.

Pero esto no da derecho a nadie a arrojar a las tinieblas exteriores a quien sin propia culpa y por obra de un concurso misterioso de la naturaleza y de Dios, vino al mundo ostentando una alma inmortal dotada de esperanzas eternas, aunque a la vista de los profanos ostente el estigma que grabó en él ajena culpa.

Las costumbres sociales al respecto adolecen de una crueldad que en nada se parece al espíritu de la doctrina del Calvario.

No sólo si se considera la situación social de quien nace en la orfandad y el abandono, sino el calvario sin fin que padece quien en un momento de debilidad o de ignorancia perdió su honor y con él su porvenir para siempre.

Está bien que se haga prudente y justa discriminación entre los derechos de unos y de otros por la sencilla

razón de que el contrato sacramental tiene por fuerza que ser fuente de derechos inalienables.

Pero este comentario mío, obligado por la clamorosa repetición y el insistente comentario de cuantos han tenido que ver algo con el centenario que estamos celebrando, no es, ni con mucho, el clamor de la caridad cristiana, y el respeto que la doctrina católica exige por la conciencia ajena.

¿No será suficiente castigo de una falta transitoria una vida de miseria y abandono en que la madre de Suárez, como todas las que han pasado por idénticas circunstancias, ha tenido que trabajar día y noche para solventar sus propias necesidades y las de su hijo inerme y sin amparo?

¿Puede ser que no haya crisis moral en este aspecto, si recordamos los nombres de Magdalena la pecadora, de la mujer sorprendida por los fariseos en el acto de quebrantar la ley, de Pablo, a quien la divina misericordia torna de perseguidor en apóstol de la doctrina del amor?

Saliendo del aspecto concreto de la vida y origen del señor Suárez, tenemos que encararnos a una sociedad que se nutre de una democracia falsa y de un catolicismo que no tiene el sello de autenticidad que es el amor.

Vemos en todos los pueblos y ciudades de nuestra cristianísima Colombia mucha gazmoñería y mucha hipocresía inspirada por la soberbia que destruye la esencia del verdadero catolicismo, que consiste en una profunda humildad.

Se condena lo que en sí es condenable ante el Tribunal de Dios y del sacerdote en el confesonario, pero

no, a mi ver, por horror al pecado sino por deseo de ostentación de una inocencia y delicadeza de conciencia que, si se poseyera, lo primero que inspiraría sería precisamente el silencio respetuoso del dolor ajeno y el generoso perdón que levanta y estimula.

¿Se condena acaso con la misma acritud el involucrar en los cauces de la vida el veneno maldito que deja como huella la transgresión, esa sí insistente, de las leyes del pudor y del respeto a sí mismo, o el envenenamiento de la vida, bendecida por Dios en el matrimonio, por medio del alcoholismo, que es tan fecunda fuente de desgracias?

No he querido tratar a espacio este punto que nada tiene de agradable o de fácil, por defensa, Dios me guarde, del pecado en sí mismo, sino por sentar, en lo posible, la tesis de la practicidad de la verdadera caridad cristiana tomando como base la sentencia eterna de J ucristo nuestro Maestro: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra."

Viene al caso, a mi ver, la anécdota edificante atribuída al Divino Maestro: "Un perro había rendido la jornada de su mortal existencia: la pestilencia y los gusanos se habían apoderado de su cuerpo y las gentes que pasaban en tropel en seguimiento del Maestro se admiraban de la multitud de los gusanos, se horrorizaban ante el espectáculo macabro de la víctima de la maldición universal.

"Cristo, que es fuente y autor de la belleza, se paró ante el muerto para buscar una causa de alabanza que aún en la más horrorosa pestilencia existe, y exclamó: "Qué hermosa dentadura!"

Qué hermosa sería la vida de una sociedad nutrida en los principios de las bienaventuranzas, si aprendiéramos a ver en cada sér humano mordido por la debilidad de su humana envoltura, la hermosa dentadura, el espíritu inmortal, los actos bondadosos, las virtudes ocultas, y que con ello realizáramos la lapidaria sentencia de San Pablo: "La caridad cubre la multitud de los pecados".

* *
*

Suárez pertenece a una raza de cristianos: nació entre las arrugadas montañas de Antioquia, en cuyos senos ha crecido y ha iluminado a sus gentes la doctrina de la Iglesia Católica.

De los labios de "su abejita adorada", como él mismo llamaba a su buena madre, aprendió las primeras lecciones de fe y de esperanza, y de la solicitud materna con que ella veló los primeros años de su vida recibió luminosas lecciones de caridad cristiana.

Nada en la vida de este ilustre colombiano debe sorprendernos, cuando en ella encontramos las luces del saber iluminadas por la verdad del Evangelio y cuando observamos en él la práctica de la religión sin respetos humanos, y sin vacilaciones, al católico convencido.

El ambiente de su tierra, el calor maternal y la índole heredada de su raza, hicieron de él el ciudadano ejemplar que se guió siempre por principios eternos.

"Su vida fue una lámpara encendida en los altares de Dios y de Colombia".

Ingresó al Seminario Conciliar, regido entonces por el sabio y dinámico sacerdote Monseñor José Joaquín

Isaza, de quien él mismo hizo el elogio póstumo con estas sentidas frases: "La estela de su clarísimo nombre brillará siempre en la historia eclesiástica colombiana unida a los monumentos que dejó su pluma. . . .y su muerte excitó y su recuerdo excita todavía lágrimas en los desvalidos a quienes dio pan y estudios".

No hay duda que la formación intelectual que tiene como centro y orientación a la moral cristiana orienta en forma definitiva el espíritu hacia la investigación en los más variados campos de la ciencia y de las artes.

Hay en la formación básica un punto de partida y un elemento de estímulo que no tiene límites, el cual, ensanchando el horizonte de las propias realizaciones, coloca al hombre en un campo que no permite tregua en la investigación ni falta de seriedad en la práctica de los medios de conseguirla.

En la formación clásica del Seminario debió aprender el señor Suárez aquella luminosa doctrina que leemos en sus obras y aquel estímulo permanente de superación que adivinamos en párrafos como éste:

"El movimiento supone un principio y supone también un fin, porque lo relativo exige lo absoluto y porque no puede concebirse una dirección sin rumbo ni objeto. La regularidad de dependencia que se muestra entre los elementos de la creación y el orden con que ellos se encadenan constituyen algo como una aspiración del sér a lo absoluto. Como lo inferior se subordina a lo superior y lo más elevado atrae lo más reducido, ha de existir un último centro de todas esas atracciones que no puede ser otro que la causa inefable revelada a Newton por las leyes geométricas que rigen el mundo".

De lo concreto del espacio pasa el maestro en alas de su espíritu a la consideración del mundo de las almas y así prosigue:

"Si divertimos la atención de lo visible a nuestra propia conciencia, allí encontraremos una actividad más asombrosa que la que se muestra en la materia. En número incalculable y con rapidez pasmosa se nos presentarán otros fenómenos no sujetos a medida, pero más maravillosos y cuyas perspectivas y agitaciones nos harán ver realizada la actividad en lo íntimo de nuestro sér".

Y después de hacer la maravillosa introspección del propio sér con sus posibilidades infinitas, lo pone en acción y le da aquellas prerrogativas que le permiten desarrollar sus propias iniciativas por obra de su natural perfección, y así escribe:

"Los actos del alma, sus sentimientos, voliciones e ideas forman un "hervir vividor" más activo que el del mar que azota las playas de la tierra.

"Toda alma lleva consigo esa actividad, porque toda alma percibe, compara, raciocina, ama y desea; ese tormento saludable y esa ansia divina no son patrimonio de hombres escogidos, porque aunque es de ellos el elevarse a la contemplación o a la invención de la verdad, a ninguna inteligencia se le negó aquella luz que agita y conmueve. Por eso se ha dicho que los teutones se representaban el alma como un mar que se agita en nosotros, levantándose y abatiéndose en cada palpitación del pecho y reflejando el cielo y la tierra en el espejo de los ojos."

Así concebía el gran pensador la combinación del alma y del cuerpo: en función de superación y de am-

bición de algo que no tiene límites y que debe alcanzarse mediante la posesión inteligente y amable de toda la naturaleza.

Su formación de Seminario se perfeccionó en el Colegio del Espíritu Santo, dirigido por los ilustres ciudadanos e integérrimos maestros del buen vivir y amantísimos de las investigaciones científicas, don Carlos Martínez Silva y don Sergio Arboleda.

Allí encontramos a don Marco laureado por la Academia de la Lengua. Y de entonces arranca la carrera brillante que habría de terminar en el solio de los presidentes de Colombia.

En esta etapa de su vida huelga recordar el que podríamos llamar segundo estado de su alma ante su religión y su conciencia.

Analizados con minuciosidad los actos de su vida pública no encontramos uno solo en que las leyes morales hayan sufrido un solo quebrantamiento.

No había conocido las leyes morales para rezar devociones y frecuentar los templos, colocando, con conducta de oposición a los principios, en trance de descrédito la moral del cristianismo.

Sabía que adelantar por obra del propio esfuerzo en el camino de las preeminencias implica para el hombre mayores responsabilidades morales y una conducta sin sombras para merecer la consagración de confianza y de respeto con que el pueblo suele regalar a los hombres sobresalientes.

Convencido de que el pináculo de la verdadera grandeza está en el bien poseído íntimamente por el espíritu y practicado sin desmayo por la voluntad,

se dedicó a formar el acervo de sus virtudes íntimas y sociales con tenacidad de asceta y humildad de santo.

En ninguno de sus escritos encontramos una alabanza propia que no esté justificada por la legítima defensa de su honor y de su dignidad personal, injustamente atropellados por la máquina inconsciente de la política tropical.

En cambio, entrevemos en el conjunto de sus actitudes en momentos difíciles el dominio absoluto de su carácter y el gobierno de sus pasiones.

El reconoce en sus páginas, cada cual más luminosa, que este ascenso a la perfección no es fácil tarea sino difícil ejercicio de vencimiento y de lucha.

Suyas son al respecto concepciones como éstas: "El progreso, por más que sea exigido por la naturaleza humana, se halla contrariado por grandes obstáculos que existen en el hombre y fuera del hombre; por eso, en vez de ser una marcha apacible y continua, es una peregrinación penosa y un ascenso difícil; su senda no es de flores: es senda fragosa regada a veces de sangre y de lágrimas; y de eso se sigue la necesidad de educar la voluntad y de fortificar el espíritu para que sean capaces de vencer los obstáculos que se oponen a la perfección.

"Aquí, como en todos los casos en que se trata de vencer una resistencia, es preciso desenvolver más fuerza de la que parecería bastar para llegar al blanco o de atravesar la corriente por el punto deseado. Si la voluntad del hombre no obra por otros motivos que los del interés, por elevado que éste sea, se hallará colocada en la puerta del egoísmo y a buen seguro que entrará por ella".

Y como si esto no fuera suficiente a describir su orientación doctrinaria en el camino de su perfeccionamiento moral e intelectual, anuncia de manera precisa y clara que no hay otra fuente de superación capaz de llevar al hombre al pináculo de su grandeza que el objetivo sublime que propone el cristianismo.

Así escribió: "El secreto de la gran civilización fomentada por el cristianismo y de su influjo imponderable sobre la moralidad de los pueblos consiste en los sublimes motivos que propone a la voluntad para obrar y en el heroísmo que engendra en las almas."

Y luégo establece esta verdad comprobada por la historia del mundo: "Para que la voluntad cultive siquiera las virtudes comunes y para que exista en el mundo la honradez suficiente a mantener el orden social, se necesitan fines más elevados que los del interés individual o colectivo."

Y continúa exponiendo la vía orientadora de la propia grandeza: "La vida se ha considerado siempre como un combate y el bien como el objeto de esa lucha; por eso el pueblo más activo y más grande que ha existido llamó en su admirable lengua con un mismo nombre la **vida** y la **victoria**".

Y hace luégo sin pretenderlo una síntesis simbólica de su accidentada vida: "La humanidad cristiana (dice) progresa, aunque a veces interrumpa su marcha y aún retroceda en su camino; el río de las pampas corre aquí impetuoso y más allá parece lago sin movimiento ; ya va hacia donde sale el sol, ya se dirige al ocaso; pero avanza siempre y lleva, aunque despacio, al mar el tributo de sus aguas".

Con tales ideales, mirando siempre al mar sin orillas del océano de Dios, caminó Marco Fidel Suárez por el camino de su perfeccionamiento cristiano.

Concibió al Estado como un prado de esperanzas que debía nutrirse con la lluvia fecundante de los ideales y abonarse con las sales fecundas de los principios de la moral y del derecho.

Durante su mandato fué desvelado guardián de la paz y la concordia ciudadana, inspirado no por oportunismos de utilidad inmediata sino por los eternos principios de la caridad cristiana.

En su discurso al tomar posesión de la presidencia de la república el 7 de agosto de 1.918 leemos palabras que deberían colocarse, como normas de moderación y de cordura, en las oficinas de redacción de nuestros diarios:

"Procuremos que nuestra prensa, viendo en las cosas lo que hay y sólo lo que hay, se aplique a apagar los diversos fanatismos y a atizar los patrióticos entusiasmos, a detestar la discordia y a promover la santa acción social, que sellaría la libertad y que, sacrificando las disenciones injustas en aras de la religión y de la patria, depuraría los partidos y los sacaría de la fragua del patriotismo separados por diferencias políticas y no por diferencias de otra especie".

Su inspiración cristiana ilumina sus propósitos de gobierno y hacen fecunda, en medio de dificultades sin cuento, su labor administrativa.

No podía ser de otra manera. La Providencia vela sobre los pueblos que adoran su nombre y da prosperidad y bienandanza a quienes esperan con confianza en su gobierno eterno.

Un presidente de Colombia que hace con la sinceridad del señor Suárez la profesión de su fe y protesta guiarse por los principios tutelares de la Iglesia, de quien se declara hijo sumiso, es el representante de su pueblo y el varón sacerdotal que atrae sobre sus subordinados la bendición de bienandanza y de paz con que suele ser premiada la fe sincera.

Declaraba Suárez en su discurso de posesión: "Como fiel hijo de la Iglesia cumpliré las leyes que a ella conciernen con tanta más voluntad cuanto más de consuno me obligan a eso mi fe, mis convicciones y una observación que se me ofrece cada día más clara.

"Ella es la necesidad del cristianismo como única base suficiente de legislación y de justicia, necesidad que va entrando en el campo de las verdades experimentales. En efecto, la teoría que sobrepone la violencia al derecho es el duelo entre el paganismo y el cristianismo, porque el derecho no se concibe sin la igualdad jurídica de los hombres y sin la igualdad jurídica de las naciones, y esa igualdad no es posible sin la fraternidad humana, la cual tiene que fundarse en la dependencia del hombre del Padre Celestial".

Y termina así su maravilloso discurso: "Estos votos, formados en horas angustiosas, son condicionales, porque como dijo el primero de los oradores atenienses, la intención está en la voluntad del ciudadano y el resultado reside en la voluntad de Dios. De Dios, cuyo brazo puede levantarnos, cuyo velo puede iluminar nuestros senderos, cuyo espíritu es poderoso a unirnos en la conciliación y la paz."

Con esta base de fe, de esperanza y de amor recorrió Suárez los caminos de la patria.

Su formación cristiana le permitió cumplir el mandato de Jehová: "Sea dueño de los peces del mar, de las aves del cielo y de las bestias de la tierra."

Cómo nos place recordarle en la contemplación de las altas crestas de los Andes, en cuya cima vislumbró siempre la huella del Creador: al llegar a los tibios valles de que es pródiga la tierra colombiana, pudo sentir la caricia del Eterno y perderse en los confines azules para dar con el corazón un beso de ternura al que combinó tan bellamente el azul del cielo con el verde esmeralda de los campos y dejó en el camino de su amor la huella luminosa de los astros de la noche serena.

Por escalas de sombras y de luces, siempre con inmensa fruición de contemplativo cristiano que saborea las obras del Creador, le seguimos hasta el recinto de los padres de la patria.

Allí ante el paladín de la justicia y del honor se quebraron lanzas de Quijotes que creyeron ver en el manso y apacible rebaño ejércitos armados y lobos rapaces.

La política tropical, que ha sido a través de nuestra historia la triste mortaja de nuestros grandes hombres, quebrantó el corazón del gran cristiano sin doblegar su voluntad de dominio.

Se ha hablado mucho de su orgullo, de su amarga ironía, de su amargado espíritu, después de la dura batalla.

A mi modesto modo de analizar esta etapa y este aspecto de su vida, no se me presenta sino el estricto cumplimiento del deber de legítima defensa del honor injustamente mancillado; y aún cumpliendo con delicado empeño la norma del Angélico: "Conservando la moderación de una inculpada defensa."

Si en sus polémicas literarias de los **Sueños** se quiere ver puntillos de honra personal, más bien deben mirarse defensas elegantes de la verdad, de la que nunca se creyó poseedor infalible sino estudioso defensor de sus sagrados fueros.

Y así bajó del solio de los presidentes de Colombia. No buscando el reposo personal sino la unión del partido de gobierno para salvaguardar los derechos de la patria amenazados en una hora de infortunio.

Volvió a su hogar, en donde no tuvo el consuelo y compañía de la matrona ejemplar con quien unió su vida.

Allí pobre, humilde, resignado, lleno de esperanzas inmortales, pasó los últimos días de su vida, y antes de pasar al sepulcro nos legó el más bello testamento de amor a Jesucristo que hayan leído nuestros ojos.

Del sufrimiento, de la ciencia, de la contemplación de la naturaleza, pasó, como por escala de oro en alas de sus convicciones cristianas, a la altura del trono del Amor de los amores, para decir, más con el alma que con los labios y la pluma: "La persona de Jesucristo, Dios y Hombre, se presenta de tal modo a la inteligencia humana que la satisface y sosiega".

Como si recorriera un mar de ensueños, describe la obra de Jesús a través de los siglos desde su nacimiento hasta su muerte y hasta la vida del silencioso misterio del altar; exalta su pobreza, su humildad, su caridad; se baña en las aguas de las bienaventuranzas; le contempla como cabeza de la Iglesia y orientador de todos sus entendimientos; muestra arrebatos de éxtasis ante la belleza de Jesús; le adora como Rey de las naciones y Rey de nuestras almas, y termina su obra

literaria, su vida de cristiano convencido y práctico con esta maravillosa exclamación: "¡Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre tus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística... tus sacerdotes repiten mil y mil veces que eres Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacifica. Danos pues la paz, la paz que es dón tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura."

Una tarde inolvidable, al salir del colegio con los libros a la espalda, fuimos invitados, cual niños curiosos, a mirar la cámara ardiente de don Marco, que había rendido su última jornada.

Juguetones y traviesos atravesamos los pasillos que conducen al salón elíptico y de repente nos paramos como hombres serios ante la imagen que se presentó a nuestra vista.

Dormido en el sueño profundo de una meditación eterna, contemplaba el panorama de los misterios de Dios quien buscó los caminos del dolor, de la humildad, de la caridad y de la paz iluminado por la luz divina del eterno Sol.

Inclinados reverentes ante su espíritu inmortal, desgarramos el alma por la nostalgia de los hombres justos que se fueron y pedimos paz para su tumba y gloria serena e infinita para su alma inmortal.

# SUAREZ,

## CORRECTOR DEL LENGUAJE

POR

LUIS ALFONSO DELGADO

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Habiendo sido don Marco Fidel Suárez uno de los más ilustres varones del Continente americano, apenas es natural que con motivo del centenario de su nacimiento demos los colombianos tributo de veneración y de gratitud a la memoria de aquel insigne compatriota nuestro, en cuyo elogio podría decirse, aplicándole palabras ajenas recordadas por él mismo y elevadas a la categoría de las sentencias universales, que supo vivir como cristiano y trabajar como eterno. Y como la vida y la personalidad y la obra del señor Suárez ofrecen a los estudiosos muy variados e interesantes aspectos, unos habrán de recordarlo por su ascensión desde su origen humilde a las más altas dignidades del Estado; otros por su labor de internacionalista y de mandatario; aquéllos por su tino de conductor político, de campanero de la unión y de la unidad de su partido; éstos por la hondura de su pensar y la excelencia incomparable de su estilo; quiénes por su sabiduría y quiénes por su densa y fecunda actividad de filólogo y de gramático.

Contándome yo en el número de los que se sienten atraídos sobre manera por esta última modalidad intelectual del señor Suárez y aprovechando la generosa invitación de mi amigo y maestro el doctor Mario Carvajal, quiero decir aquí algo al respecto, no sin la vacilación, el temor y la consiguiente pesadumbre de

quien a sabiendas de su pecado profana un templo sacro. ¿Títulos? Muy sencillos, al par que insuficientes: cierta heredada vocación al estudio del castellano; el haber mantenido durante algún tiempo en dos diarios de esta acogedora y amada ciudad sendas secciones de corrección del lenguaje, y el haber profesado por largos años la cátedra gramatical en el Colegio Académico de Cartago, del cual hube de salir hace poco por muy respetables razones de orden público.

Surgió a la vida y a la acción de la inteligencia el filólogo y gramático antioqueño en la edad de oro del pensamiento colombiano, cuando al propio tiempo que se desangraba la patria en incesantes y absurdas contiendas fratricidas, cobraban imperio, a manera de compensación espiritual, las ciencias especulativas y las buenas letras. Influídos por el espíritu de don Andrés Bello, los jóvenes de la convulsa Colombia se desvelaban en el estudio y la defensa del idioma. Así pudimos presentar como aporte a la cultura universal los trabajos filológicos de Cuervo y de Caro, y así pudimos ver cómo, a la sombra protectora de los gigantes, proliferaban en nuestro medio los estudiosos de tan arduas disciplinas y cómo sobresalían en ellas para darle a la patria lustre y nombre. Y como entre nosotros tuvo el venezolano sus más esclarecidos y juiciosos notadores, sus más doctos intérpretes y los más apasionados divulgadores de sus doctrinas, tomó fuerza de verdad primitiva la aserción recordada por el señor Suárez y según la cual Bello nació en Venezuela, enseñó en Chile y le aprendieron en Colombia.

Al cumplirse el centenario del sabio caraqueño, el señor Suárez, que apenas llegaba a los veintiséis años

y que era todavía en Bogotá un provinciano casi desconocido, ganó el concurso abierto por la Academia Colombiana para la celebración de aquel notable acontecimiento. Su contribución – un luminoso estudio que se anticipaba en madurez a la edad mental de su autor – fue publicada más tarde, con prólogo del señor Caro y a instancias del mismo, en la célebre colección matritense de escritores castellanos. Con tan erudito trabajo el hijo de Hatoviejo quedó de la noche a la mañana investido de autoridad filológica. Desde entonces su fama en este campo de las humanidades, lejos de perder reciedumbre, se acrecentó cada día, hasta el postrero de su existencia. Al estudiar a Bello y a pesar de los antecedentes que en esta misma materia habían presentado Cuervo y Caro, mezcló la admiración y el afecto con la sabiduría. Defendió al maestro y amigo del Libertador de la imputación de haber seguido en sus investigaciones las huellas de Condillac y de Destutt-Tracy, presentándolo al propio tiempo como creador de sistemas y de doctrinas y reconociéndole el carácter de genio. Explicó sus más valiosas teorías y les puso reparos en no pocos puntos. Aseveró (y estas son observaciones curiosas) que Bello fue el primer filólogo que en el verbo castellano distinguió dos raíces, una general, que es el infinitivo despojado de las terminaciones **ar, er, ir,** y otra especial, que es el infinitivo en su forma íntegra; que Bello, antes que nadie, clasificó en siete las partes de la oración; que Bello, avanzando mucho más que Salvá, ocupó el primer puesto en la presentación de cuadros completos de declinación castellana en las únicas palabras que en nuestra lengua sufren cambios de forma según el oficio que

desempeñen en la oración, es a saber, los pronombres personales y el neutro **ello**; que ningún autor penetró más hondamente que el caraqueño en el estudio del neutro en castellano; que Bello inventó la clasificación de los verbos irregulares, "comparable a los desarrollos que preceden a ciertas fórmulas algebráicas"; y que Bello, por último, en tesis hurtada por un escritor contemporáneo, fue uno de los libertadores de América, pues habiendo escrito su gramática para los americanos, libertó en este Continente la lengua de la coyunda de la Academia Española.

Todas estas observaciones, que son otras tantas enseñanzas históricas, las sintetizó hermosamente su autor al final de su obra y en el estilo peculiar que le dio universal renombre: "Nuestro sabio – dice el señor Suárez – creó un sistema gramatical propio, completo y científico; estableció un nuevo método de declinación; inventó la admirable teoría del verbo; consignó nociones exactas sobre cada una de las partes del discurso; fijó puntos que eran antes problemáticos; expuso fielmente el uso clásico y corrigió los más notables yerros del habla castellana".

Después de los **Estudios gramaticales** (que así se denomina el trabajo relacionado con la obra principal del venezolano) quiso escribir una "Gramática histórica". De esta anunciada obra, que habría alcanzado fácilmente la fama de las otras de su autor, no nos dio, empero, sino una pequeña muestra: el erudito y copioso estudio del posesivo castellano. Agotóse allí la materia, ilustrada con asombrosa profusión de citas de todas las edades de la lengua. No en vano fué el señor Suárez escribiente de don Rufino José Cuervo

cuando el filólogo bogotano preparaba sus obras monumentales.

En 1898 publicó un corto artículo intitulado **Feo y bonito** para tachar de incorrectas frases de este tenor: "¡Qué tiempo tan feo!", "Me supo a feo el cigarrillo," "Este fruto despide olor feísimo". Sin cohonestar el empleo del adjetivo en las frases dichas, trató de explicarlo por la tendencia del espíritu humano a denominar con una misma palabra, o con palabras afines, las cualidades de la bondad y de la belleza, de la hermosura y de lo agradable.

En 1907, con motivo de la publicación de la novela política y de clave del académico don Lorenzo Marroquín, sintiéndose representado o a lo menos aludido en uno de los personajes de dicho libro, quiso sacarse el clavo escribiendo el **Análisis gramatical de "Pax"**, precioso opúsculo en que, al lado de explicables exageraciones, exprime juicios de suma trascendencia en la materia gramatical y en la propiamente literaria.

El 17 de julio de 1910 leyó en la Academia Colombiana el ensayo que se denominó ahí mismo **El castellano en mi tierra,** obra de verdadero maestro, la cual puede tomarse como antecedente magnífico de **Sueños** los **Sueños,** en cuanto éstos se relacionan con la lengua. Contienen sus líneas, entre otras enseñanzas, la afirmación de que el lenguaje antioqueño sobresale en Colombia y talvez en América por su genio figurado, fecundo en exageraciones y símiles expresivos y graciosos, e indicio al mismo tiempo de los orígenes de la población.

En el discurso pronunciado en 1911 en elogio del señor Cuervo analizó sobria y hermosamente la obra

del autor de las **Apuntaciones críticas** y del **Diccionario de construcción y régimen**. Sólo el señor Suárez podía, entre todos los académicos, penetrar tan honda y juiciosamente en el laberinto armónico, si cabe la expresión, del más completo de los sabios de América.

Y viene ahora lo que en el señor Suárez constituye la suma de su saber y de su experiencia: los **Sueños de Luciano Pulgar**, mezcla de historia universal, de historia patria, de reminiscencias de los cronistas, de historia política, de geografía, de paremiología, de semántica, de correcciones del lenguaje y de otras muchas materias, expresado todo en el más puro castellano, en el más sabroso estilo y en la forma dialogada en que Platón nos presenta la sabiduría de su maestro, en que exprimió la sutileza de sus conceptos Luciano y en que el inmortal Quevedo desató la madeja rutilante de sus sueños.

La parte destinada en esta obra a honrar la lengua nativa es muy abundante y de trascendental significación; y como engarzan los diálogos una materia con otra, así sean de distinta naturaleza, vemos en ellos que la gramática toma en ocasiones asiento al lado de temas que en nada se le parecen. ¡Qué de agudas observaciones! ¡Qué de graciosos comentarios! ¡Qué de brillantes sutilezas! ¡Qué de pecar deliberadamente contra el buen decir en un **Sueño** para corregirse en el siguiente! ¡Qué pasmoso conocimiento del idioma tenía este filólogo que, como buen provinciano, gustaba de traer a cuento las voces y giros de su tierra!

Para demostrar, si ello fuera necesario, cómo privaba en el señor Suárez la comezón gramatical, bastaría recordar, por ejemplo, que de sus ciento setenta y dos

**Sueños** propiamente dichos hay ciento cuarenta y cinco empleados en buena parte en correcciones del lenguaje, en lucubraciones semánticas de la mejor ley, en el estudio de voces raras y en la fijación de principios de cuya práctica depende el mantenimiento de las condiciones esenciales de la lengua. Y podría también observarse cómo, aunque sólo Donato y Marcelo, y quizás Nonio, fueron gramáticos, entre los veintidós o veintitrés interlocutores, son muy contados los que no participan en los diálogos de carácter gramatical.

* * *

Fiel a mi propósito del principio – consignado en el título de esta árida exposición – y en gracia de la variedad que disimula defectos, voy a presentar algunas, muy contadas por cierto, de las más simples enseñanzas que en punto de gramática, especialmente de corrección del lenguaje, dejó esparcidas en todas sus obras el señor Suárez.

En los **Estudios gramaticales**, por ejemplo, enseña que la frase **tener lugar**, equivalente a la francesa **avoir lieu** ("Mañana tendrán lugar las elecciones"), lejos de ser galicada como se creyó en un principio, se ajusta perfectamente a la índole de nuestro idioma. Con el sentido de **tener tiempo** la presenta en pasajes de Santa Teresa, de Saavedra Fajardo y de otros escritores de nota. Más adelante, apartándose de Bello, da al verbo **pelear** el carácter ocasional de transitivo y lo demuestra con este ejemplo de San Pablo en traducción del Padre Scío: "Peleé buenas batallas". Tratando de **que** galicado al final de la obra y propo-

niendo excepciones a las reglas del venezolano, confirma carta de naturaleza en nuestra lengua a las expresiones siguientes, todas las cuales, como extraídas de la cantera clásica por tan experto minero, pueden usarse sin escrúpulo: "¿Dónde es que vive Antonio?"; "Un tiempo fue que los primeros cristianos habitaban las catacumbas"; "Es así que considero algunas veces cómo es de peligroso no obrar rectamente"; "Todo ha desaparecido; de aquí es que nada se encuentra"; "Es así que Juan peca, luego merece castigo".

En el ensayo del posesivo castellano, capítulo de la no escrita "Gramática histórica", hizo la valiosa observación, insinuada antes por don Vicente Salvá, de que **cuyo** no concuerda con el poseedor, sino con la cosa poseída, y tachó de incorrectas, si bien por otro aspecto, frases de este tenor: "Deja piadoso ejemplo la majestad de Felipe IV, padre de Vuestra Alteza, en cuyo principio de reinado se trató en su consejo de continuar la tregua con los holandeses". Este **cuyo** es el mismo que vemos a diario en los periódicos al pie de ciertas ilustraciones y en leyendas de este jaez: "Don Fulano de Tal, cuyo primer aniversario de su muerte se cumple mañana". Debe corregirse diciendo "de cuya muerte se cumple mañana el primer aniversario".

En el **Análisis gramatical** de **"Pax"** tuvo ocasión de recordar no pocas de las más útiles enseñanzas de la gramática. De tan rica colección tomo lo siguiente:

No es correcto decir **cable** por **cablegrama,** pues ello equivaldría a consagrar a **tele** por **telegrama,** a **ipeca** por **ipecacuana.** Podría agregarse hoy, por analogía, a **marconi** por **marconigrama.** El crítico de **Pax** censuró también **a quilo** por **quilogramo.**

La frase "¿Te has fijado en el pelo de Fulana?" es detestable, pues en dicho pelo podrían fijarse horquillas, flores, joyas u otras cosas. Habiendo **mirar**, no hay para qué atribuír a **fijar** una acepción especial que no tiene.

"En el concepto que Alejandro y el Conde tenían de la vida hacían primar las preocupaciones estéticas sobre las mercantiles". Este **primar**, tan usado hoy por el **privar** de los clásicos, afea a tal punto el lenguaje, que el señor Suárez dice que si se contrapusiera en una balanza, sobrepujaría todos los disparates de **Pax.**

La frase "respetable y respetado", es decir, digno de respeto y tratado con respeto, es correctísima; pero dicho giro no puede trasladarse a ideas negativas como se ve en la novela de don Lorenzo en la locución "el genio incomprensible e incomprendido", pues siendo **incomprensible** lo que no se puede comprender, si una persona o cosa están en estas circunstancias, es superfluo agregar **e incomprendida.**

Mucho antes que apareciese la novela objeto de la crítica gramatical a que vengo refiriéndome, infinitos escritores habían dicho como don Lorenzo Marroquín **nada menos que Pedro, nada menos que el Sumo Pontífice, nada menos que don Quijote.** Pues bien: fué el señor Suárez el primero en advertir que siendo **nada** negativo de **cosa,** no está bien referirlo a **persona,** así sea ésta real o ficticia o esté representada por un título, y corrigió de este modo: **nadie menos que Pedro, nadie menos que el Sumo Pontífice, nadie menos que don Quijote.**

Pero es en los **Sueños de Luciano Pulgar,** por ser ésta una obra extensa y varia, donde están contenidas las más numerosas e importantes correcciones del lenguaje, las más valiosas lecciones gramaticales debidas al estudio y a la capacidad de disquisición del señor Suárez. Presentaré unas pocas, procurando ilustrarlas.

Don Luciano Pulgar calificó de nefandos ciertos vocablos nuevos, algunos de los cuales han entrado, por fuerza del uso vulgar, en el lenguaje común. De **exteriorizar,** por ejemplo, observó que si se puede decir así, es preciso admitir también a **interiorizar** y a **anteriorizar. Obstaculizar** le quitaba el sueño, y no sin razón. Y así otros.

En las postrimerías del siglo pasado surgió en Colombia (tenía que ser en Colombia) una polémica sobre el plural de los apellidos. El punto quedó resuelto con la afirmación triunfante de que, siendo los apellidos legítimos apelativos, sufren el accidente de número, que es propio de estos nombres. La materia parecía agotada, pero el autor de los **Sueños** la animó de nuevo presentándola con otros aspectos. Sabemos por ello que los usos corrientes del apellido que corresponde a varios nombres propios son: 1° Francisco Pizarro, Juan Pizarro, Hernando Pizarro. 2° Francisco, Juan y Hernando Pizarro (no Pizarros). 3° Doña María Cortés, doña Catalina y doña Juana. 4° Juan y José Pinzones es rarísimo, y debe más bien decirse Juan y José Pinzón, o repitiendo: Juan Pinzón y José Pinzón, o con vuelta y elipsis: Juan Pinzón y José.

Y a propósito, señores caleños: no se dice **los Garcés,** sino **los Garceses.** Y más todavía, aunque esto tiene que ver con todos: en los apellidos compuestos el

plural va en el segundo de los componentes: los Olaya **Herreras**; pero si media la preposición **de**, va al principio: los **Ruices** de Alarcón. Y a propósito también: el señor Suárez enseña que el apellido más antiguo es **Alvarez,** y el más usado **Ponce.**

Los clásicos dijeron siempre, con muy contadas excepciones, **lo pasado, lo presente, lo porvenir.** El señor Suárez demostró que se acomoda como en su propia casa en nuestra lengua la expresión **el pasado, el presente, el porvenir.**

Casi todos los escritores de nota, así españoles como americanos de habla hispana, contando entre ellos a don Juan Valera, a don Rufino José Cuervo y al mismo señor Suárez, emplearon el verbo **verificar** en el sentido de **efectuar, realizar, acaecer, suceder, tener lugar.** Pero, deteniéndose el señor Suárez en la etimología de aquella palabra, cayó en la cuenta de que su significado legítimo nada tiene qué ver con el de tales verbos, y sí mucho con **sacar verdadera una cosa, probarla, comprobarla.** Su empleo será, pues, incorrecto en frases como esta: "Mañana se verificarán las ferias", y, por el contrario, correctísimo en estas otras: "Haga usted la suma y verifíquela", es decir, pruébela, compruébela. "Aquí están los datos; en el archivo del Consejo puede usted verificarlos", esto es, sacar los verdaderos.

Una de las materias gramaticales más hermosas e interesantes de nuestro idioma es la del gerundio, la cual, no obstante, fué tratada por Salvá y por Bello muy a la ligera, como si hubiesen pasado por sobre ascuas. Tocóles a los colombianos el estudio completo y la fijación de los usos correctos e incorrectos de dicho deri-

vado verbal. Pero cuando parecía que el señor Caro, en su célebre y extenso **Tratado del participio;** el señor Cuervo, en la nota 72 a la **Gramática** de Bello, y el señor Marulanda, en su texto, habían agotado la cuestión, don Luciano Pulgar, con esa capacidad de penetración investigadora que le dio tan copiosos laureles, descubrió algunos usos del gerundio no señalados antes por nadie, como el del gerundio **preposicional,** esto es, que hace el oficio de **preposición** y que se ve en estos ejemplos: "Mi casa queda **pasando** el arroyo", como quien dice **del** otro lado del arroyo; "¿Dónde vive usted? – **Bajando** la plaza", es decir, de la plaza **hacia** abajo.

En los **Sueños** se advierte por primera vez la existencia de lo que su autor denominó el **acento sintáctico,** que nace del tono de las frases para modificar el sentido que tendrían ellas si se pronunciaran de modo llano y ordinario. Nótese la diferencia que hay entre "Esta casa es **más bonita** que la de Juan" y "Pedro compró una casa **más bonita**!".

**Tópico** es un término de filosofía que tiene algo qué ver, si no estoy equivocado, con la argumentación. Significa, asímismo, medicamento de uso externo, y se usa, por otra parte, en la terminología topográfica. Es voz extranjera y en su lengua de origen – el inglés – expresa lo mismo. En los tiempos modernos (y en tal pecado han incurrido escritores de todas partes) se le ve empleado por **asunto, cuestión, materia, objeto, punto, particular, sujeto, sujeta materia, tema** y otros. El señor Suárez, usando de dialéctica inobjetable, se rebeló contra este barbarismo que empobrece la lengua y hubo de condenarlo en varios **Sueños.**

Los autores clásicos distinguieron siempre el adverbio de duda **talvez,** que significa **quizás** y que se escribe en una sola palabra, de la frase sustantiva **tal vez,** escrita en dos términos y equivalente a **tal ocasión,** como en estos ejemplos, el último de los cuales tomé de Lope de Vega: "**Talvez** llueva esta noche", es decir, **quizás** llueva, es probable que llueva esta noche; "El sol **tal vez** calienta y **tal** ofende": aquí se escribe en dos palabras y quiere significar que **en una ocasión calienta, en otra ofende.** Pues bien: esto, que era lo común y que no presentaba dificultad de ningún género, vino con el correr del tiempo a convertirse en un verdadero problema por la tendencia, cada día más creciente y cada día más infundada, a escribir el equivalente de **quizás** en dos voces, de donde resulta una lamentable confusión, contra la cual lanzó sus dardos certeros el señor Suárez.

* * *

No quiero ni debo avanzar más en la exposicion de los servicios prestados por don Luciano Pulgar a la lengua de sus mayores y suya propia. Pero no puedo abstenerme de presentar el reverso de la medalla, o sea aquellos tres o cuatro puntos en que el señor Suárezs equivocó, para confirmar el **errare humanum est** de los antiguos.

Si no se trata de un yerro tipográfico, en los **Estudios gramaticales** usó como regular el verbo **cimiento,** que se halla en el segundo grupo en la clasificación d irregulares del señor Bello.

En el **Análisis gramatical de Pax** dejó pasar sin corregir el plural **fracs,** que es **fraques,** y el término **bombillo** por **bombilla,** diminutivo de **bomba,** así como el otro lo es de **bombo.** Si fuéramos a aplicar aquí lo que el propio señor Suárez denominó **autoridad negativa** (que consiste, según él, en aceptar como corriente en nuestro idioma lo que no condenó el señor Cuervo, teoría por demás peregrina y peligrosa), tendríamos que **fracs** y **bombillo**, como derivado de **bomba** este último, son voces correctas, lo que es inexacto.

En los **Sueños,** siguiendo la opinión de la Academia Española, tachó de pleonástica la expresión **lapso de tiempo;** pero don Julián Motta Salas, ilustre compatriota nuestro al cual se deben muy importantes investigaciones en materia filológica, en escrito publicado ¡quién lo creyera! en la "Gaceta Judicial" de la Corte Suprema de Justicia, defiende la frase aquella demostrando con la etimología y con la historia que **lapso** nunca significó por sí solo **el curso del tiempo** y recordando que en su "Código Civil", escrito para Chile, don Andrés Bello la empleó varias veces, de donde pasó al nuéstro, que es una copia del chileno.

A pesar del linaje latino de la voz **urbe**, la rechazó en alguna parte por **ciudad,** y entre las razones que adujo figura la infantil de que el tipógrafo o el linotipista pueden alterar sin quererlo el orden de las letras y poner **ubre** por **urbe**. El argumento no vale porque el mundo tipográfico está poblado de accidentes de esta naturaleza.

Estas insignificantes equivocaciones del señor Suárez, traídas a cuento sólo para aumentar la variedad

del tema, se pierden en el mar profundo y vasto de su sabiduría. La obra emprendida y realizada por el hijo de Hatoviejo en defensa de la lengua castellana lo coloca en sitio eminente como filólogo y acrecienta los lauros conquistados por Colombia en el siglo XIX en el complejo campo de las humanidades. Y me refiero concretamente al siglo pasado porque, aunque el **Análisis gramatical** y los **Sueños** se produjeron a principios del presente, no pueden tomarse sino como secuela de un saber adquirido en otros tiempos. En épocas en que emulaban en Colombia las ciencias y las letras, en que la poesía y la prosa literaria y la prosa polémica daban frutos de espléndida madurez y en que los estudios filosóficos avanzaban como en los mejores centros de investigación del Viejo Mundo. Hoy las co-sas han cambiado sobre manera. Ya se hace mofa pú-blica de los correctores del lenguaje; y aún los mismos estudiosos del idioma se ven muy distanciados de sus antecesores en los sistemas de indagación y, por con- iguiente, en los resultados. y, cosa curiosa: no todos nuestros filólogos de hoy son escritores correctos, como sí lo fueron los de ayer sin una sola excepción. Y así vemos, por ejemplo, que en el Instituto Caro y Cuervo (que por cierto, hablando en castellano, debiera deno-minarse **de** Caro y Cuervo) no falta quien confunda **íntegro** con **integral** y a **el mismo, la misma,** con **uno mismo** y **una misma.** ¡Y pensar que dicho Instituto tiene la misión abrumadora de continuar el **Diccionario de construcción y régimen**, esto es, el tocar lo intocable! Y así vemos también que el asom-broso políglото Manuel José Casas Manrique posee mejor estilo en persa que en castellano, según afirma-

ción de los entendidos. Sólo el vallecaucano Manuel Antonio Bonilla reunió entre los modernos el más recto criterio gramatical, el más castizo lenguaje y el más atrayente estilo.

* * *

Para poner término a esta árida exposición, que ha contado con vuestra benevolencia, no me falta sino decir que en la celebración del centenario de don Marco Fidel Suárez no cabría mejor homenaje a la memoria de tan eximio colombiano que la recomendación de estudiar la lengua nativa, de modificar los programas oficiales de la materia en el sentido de intensificarla, de volver a los viejos textos y de confiar la enseñanza gramatical, no a los aventureros de la didáctica, pero a los verdaderos maestros. Y me falta agregar, asímismo, cómo creo yo que la vida del señor Suárez es merecedora de imitación permanente en lo privado y en lo público, porque él fue un perfecto dechado de virtudes domésticas y de eximias cualidades civiles. Tocante a su amor a la patria y a sus viejas instituciones, no será fácil proponer a la juventud mejor ejemplo. No hay que olvidar que este hijo del pueblo, elevado por el sufragio libre a la dignidad de presidente de los colombianos, perdió el poder en un acto de afirmación democrática, de lealtad a las conveniencias del país, de acatamiento a la voz que en aquella hora de exaltación parlamentaria simbolizaba la voluntad popular y la soberanía del Congreso.

Rindamos, pues, tributo de veneración y de gratitud a la memoria del gran colombiano cuyo centenario se

cumple en estos días; del ciudadano íntegro; del repúblico austero; del pensador, del filósofo y del político; del escritor incomparable; del estilista que en la magna **Oración a Jesucristo** se codeó con los místicos; del filólogo y del gramático que afirmó que el pensamiento es el alma, la palabra es el hombre y la lengua es la patria; de quien, exprimiendo su amor a Colombia, dijo que propender a la defensa de su idioma es labor patriótica, "porque nuestro país no es apenas su territorio y sus habitantes, sino su historia inmortalizada por los mártires y los héroes, su fe católica, su lengua castellana, todo lo cual, a despecho de egoísmos y extravíos, tiene de fundirse en el **reinado de Dios**, que es paz y justicia, en la justicia, que es libertad, en la libertad, que es la república".

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

# SUEÑO SIN COLOQUIO

## SOBRE

# LOS SUEÑOS

POR

ARMANDO ROMERO LOZANO

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Sin afectación didáctica, comienzo declarando que usaré para tratar de esta sujeta materia la primera persona de singular del pretérito y del presente, fórmula ésta que no disuena de seguro habiéndome de referir a un insigne gramático. Voy, pues, a hablar de don Marco Fidel Suárez, pero solamente como autor de los **Sueños de Luciano Pulgar.** Voy a recoger aquí algunas de mis experiencias como lector de los **Sueños.** Sin juramento me podréis creer que los he leído todos. Al confesarlo, me podréis dar del presuntuoso y engreído, si no del pacientísimo lector, después de que nadie menos que un humanista como el doctor José María Restrepo Millán, calificado por el propio Pulgar de docto, doctor y doctísimo en el **Sueño de la Rebusca,** del tomo X, con otras efusiones elogiosas para ese profesor de letras "que en idiomas y literatura general hace la raya", tildó alguna vez los **Sueños,** el encomiado Restrepo Millán, algo así como de pesadillas de viejito, o de lectura propia para conciliar el sueño. He leído los ciento setenta y tres sueños, que fueron apareciendo por primera vez entre el 16 de octubre de 1922 y el 9 de marzo de 1927, un mes antes del fallecimiento el glorioso escritor y repúblico, y no me he cansado de leerlos ni me cansaré de releerlos y espulgarlos.

Cuando en los bancos del Colegio de Buga, me cayó en las manos el primero de la serie, **Un Sueño,** así titulado, le preguntamos Luis Felipe Jaramillo y yo a nuestro elocuente profesor de Retórica y Preceptiva, doctor José Ignacio Ospina, quién podía ser el autor de esa página tan rara y tan castiza, y él, que ya la conocía, nos dijo: no puede ser otro que don Marco Fidel Suárez. Se acabó de descorrer el velo desde el tercer coloquio, el **Sueño de la Queja,** donde las amargas alusiones no dejaban duda sobre la paternidad del singular escrito.

Después, en Bogotá, los curiosos y acrecidos lectores de esos diálogos los iban encontrando dos veces por semana, ya en "El Nuevo Tiempo", dirigido por Arciniegas, el poeta, alguna vez en "La Defensa" de Medellín, ya en hoja suelta o volante pregonada por los voceadores: ¡Sueño de Pulgar, a dos centavos!, cual si fuera "El Tiempo" o "El Espectador", o Saturno "El Testigo", como socarronamente apodara esas grandes hojas Luciano Pulgar. Por 1926 conocí a don Marco Fidel Suárez en los corredores del Colegio del Rosario, cuando fue talvez a matricular a su sobrino Samuel Barrientos Restrepo. Grabáronseme de su figura el rígido codo y la mano en la solapa, la barba canosa, el labio torcido y los ojillos vivaces. Juan Manuel Arrubla me contaba que el señor Suárez escribía los **Sueños** con un lapicillo grueso o cabo de lápiz usado.

Y decíase también, entonces, que solía recoger de la calle programas de espectáculos para borronear en el reverso libre sus dialogadas ensoñaciones, todo lo cual pudiera ofrecerse como signo de esa tendencia al sistemático empequeñecimiento más de lo justo, que

caracterizaba al Presidente Paria. Incidentes de este jaez, de testigos áticos o mayores de toda excepción – que de ambas maneras puede decirse – sarpullen el anecdotario suarista. "¿Y cúales la razón de su apellido?, pregunta Marcelo en el **Sueño de Berruecos,** del sexto tomo: – Lo uso en recuerdo de Pulgarcito el de los cuentos de Perrault, tan amenazado de aquel ogro grandote, como lo he sido yo de los ogros políticos que en virtud del principio de autoridad conservador, mezclado con las públicas libertades liberales, una vez procuraron cerrarme la puerta para que no entrara y otra vez procuraron abrírmela de par en par, empujándome para que saliera."

La lectura de los doce tomos de los **Sueños** llevada a cabo no de seguida y sin parar, como novela folletinesca, sino adelantada por partes, combinada con diversas lecturas y consultas y en la sazón y tiempo adecuados, lectura es no sólo descansada pero grata y deleitable sobre manera. Tomados en conjunto los **Sueños** suscitan las más varias materias de consideración, entre las cuales presentaré las más notorias distribuídas por sí mismas al modo de un ensueño, que Pulgar distingue de sueño, o sea el estado o gana de dormir, como representaciones – los ensueños – de la imaginación, que ofrecen en desorden y con más o menos viveza lo que sentimos despiertos. Será, pues, éste mío un sueño, mejor ensueño, en cuanto al desorden, ya que no en cuanto al encanto de la composición.

Y lo primero que se me ocurre considerar sobre los **Sueños**, son su origen y sus fuentes, los autores predilectos y que más han influído en esta obra singular de la literatura hispano-americana. Refiriéndose al

señor Suárez, y no sólo como autor de los **Sueños,** todos piensan inmediatamente en Cervantes y el Quijote.

"El Cervantes lo tienen ustedes en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez", dizque le dijo don Juan Valera, talvez a don Carlos Holguín. No veo en los diálogos que nos ocupan ese influjo preponderante ni esa filiación definida y clara. Influye de fijo Cervantes en el Soñador Paria en grado notable pero no en grado sumo. Si queremos hallar las fuentes de inspiración de los **Sueños,** rastrear debemos más atrás, a la época romana de la literatura helénica, cuando floreció justamente Luciano de Samosata, de quien Suárez tomó , ante todo, el nombre para el autor e interlocutor principal de los **Sueños.** Hasta ahora no he visto señaladas las semejanzas, en verdad asombrosas, entre Luciano de Samosata y Suárez de Antioquia, o sea Luciano Pulgar. En efecto, nace de humildísima cuna el antiguo Luciano, de sangre semita y en provincia semibárbara del romano Imperio. Habiéndose iniciado tarde en el helenismo, llegó a escribir la lengua griega con óptima elegancia, pureza y donaire. Creó el diálogo satírico. Retirado a Atenas en su edad madura, compuso allí sus obras mejores: burlescas, escépticas, incrédulas pero moralizantes, y ascéticas a ratos. En su lenguaje y estilo descubre la crítica moderna una mezcla de imitación y espontaneidad. "Habla – dice un comentador – a la manera de un hombre culto de la antigua Atenas. La delicadeza es la nota principal de sus escritos. Su vocabulario es **naturalmente** arcáico remozado, con expresiones modernas que desliza inadvertidamente en sus cláusulas". Los escritores cristianos, lejos

de rechazarlo, lo citan y aprovechan, y San **Juan Crisóstomo** cita todo un pasaje de uno de los más agudos diálogos de Luciano, el de **El Cínico,** en una homilía sobre el Evangelio de San Juan. Por mi parte, a través del **Diálogo de los muertos** y el **Diálogo de los dioses,** de **El Cínico** y **El Gallo,** del **Filopseudes** y otros diálogos satíricos, juzgo que Luciano de Samosata no es propiamente un moralista sino un aficionado a los aspectos morales de la vida social para zaherir y vituperar vicios y defectos. Para Gilbert Murray (**History of Greek Classic Litterature**) Luciano es demasiado ansioso de honradez y pulcritud, en demasía crítico (yo diría inconforme y amargado) y con harto poca inspiración para dejarse arrastrar por las corrientes generales de su tiempo. Gaston Boissier, tan olvidado y tan ameno y evocador, pinta en **El Fin del Paganismo** la época en que descollaron Epicteto, Marco Aurelio, Luciano y Plutarco, que, si bien príncipes y ciudadanos de Roma, escribieron en griego y que Pulgar cita y encomia a través de los **Sueños,** haciendo mención laudatoria de Epicteto hasta en su diálogo, cercano a la muerte, el **Sueño del padre Nilo.** "Hacia la época de los Antoninos – dice Boissier – Grecia había recobrado la confianza en sí misma y osaba hablar ligeramente a sus vencedores romanos. Se manifiesta sobre todo esta nueva actitud en el **Nigrinus** de Luciano; Roma es muy maltratada en él; es la ciudad de la adulación y de la servidumbre, es el punto de cita de todos los vicios, es la residencia que conviene a los que no han disfrutado de independencia, a los que no conocen la franqueza, cuyo corazón está lleno de impostura, de astucias y de mentiras. Durante mucho tiempo los romanos de-

cían "un griego" para designar un libertino; en Luciano y sus sucesores, un griego significa "un hombre honrado".

Todos esos datos y juicios sobre el **tocayo** de Samosata, como lo nombra Pulgar, y aún su ambiente histórico se corresponden en casi todos sus puntos con los de Luciano el antioqueño y ateniense de la América latina. Pero apurando las fuentes inmediatas de los **Sueños** he llegado a señalar, junto con los **Diálogos** de Luciano de Samosata, el **Sueño de Escipión** del gran Marco Tulio, el **Coloquio de los Perros** de Cervantes y el **Diálogo de la Lengua** de Juan de Valdés.

El **Sueño de Escipión** es el punto de arranque de los **Sueños** de Pulgar. "Así como a veces soñamos que soñamos, soñé yo anoche con el **Sueño de Escipión,** diálogo escrito por Tulio, y una de las obras más perfectas de la literatura antigua. Soñé, pues, con aquel coloquio, en que se presentan el grande Africano y el rey Masinisa en los campos de Numidia, y en los que discurre Escipión acerca de los orbes celestiales, que se mueven en armonías de luz". Así comienza **Un sueño,** el diálogo con Julián Jovellanos, del 16 de octubre de 1922, al año escaso de la dejación del poder que hizo el Paria Presidente. El **Sueño de Escipión** no es obra independiente sino que está incorporado en el **Tratado de la República,** uno de los libros más celebrados de Cicerón, aunque se conserva fragmentario. En esa fantasía del insigne orador se aparece a Cornelio Escipión el alma de su padre y entre otras cosas le dice: "La vida verdadera comienza cuando se rompen las ataduras del cuerpo que nos mantiene en cautiverio; lo que tú llamas vida es, en verdad, muerte". El final del **Sueño**

termina: "Dicho esto, desapareció y yo desperté". De modo casi idéntico concluye el primer **Sueño** de Pulgar, donde se entreveran meditaciones de astronomía mística por el mismo corte y acento de las que se bordan en la ensoñación ciceroniana. Y el proceso, tono y recursos de los **Sueños** de Pulgar se asemejan más a los diálogos de Cicerón que a cualquier otro tipo de este género clásico.

No pudo menos de influír en la inspiración general de los **Sueños** de Luciano Pulgar el **Coloquio de los Perros Cipión y Berganza,** de Miguel de Cervantes, que también forma parte de otra obra mayor del inmortal novelista, **El Casamiento Engañoso,** última de las **Novelas Ejemplares.** Pero aún en este admirable diálogo canino se ven las huellas estilísticas de Luciano de Samosata. Quien haya leído el diálogo **O Alector** o **El Gallo** del satírico greco-romano reconocerá el mismo ritmo de admiración entre seria y regocijada que produce la entrevista del zapatero Cymilo con su gallo inesperadamente parlante, en esta deliciosa iniciación del coloquio cervantino:

(En el Hospital de la Resurrección de Valladolid, una noche dos perros, Cipión y Berganza, prorrumpen, de pronto, en la siguiente plática:)

"**Cipión.** – Berganza amigo, dejemos esta noche el Hospital en guarda de la confianza y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras donde podremos gozar sin ser sentidos de esta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho.

"**Berganza.** Cipión hermano, oyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar no otro para de los términos de naturaleza.

"**Cipión.** – Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto, irracional.

"**Berganza.** – Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y maravilla. Bien es verdad que en el discurso de mi vida diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras; tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural **distinto,** tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

"**Cipión.** – Lo qué yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra; tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, a los pies, una figura de perro, en señal de que se guardaron en vida amistad y fidelidad inviolables.

"**Berganza.** – Bien sé que ha habido . . . . " y así se va enhebrando el coloquio "de los dos sabios y prudentes canes", donde campean las dotes narrativas de Cervantes, no muy sobresalientes en nuestro Suárez, y donde saltan aquí y allá los rasgos picarescos y aún crudamente realistas totalmente ajenos al temperamento y gusto del Soñador Paria.

El otro antecedente literario que se puede registrar de los **Sueños** es el **Diálogo de la Lengua** de Juan de Valdés, en cierta manera, como el que hizo hablar a Cipión y Berganza, discípulo y heredero de Luciano el Satírico, si bien la forma dialogada del egregio Valdés, más viva y cordial que la del sofista de Samosata, recuerda propiamente a Vives y a Erasmo y otros dialoguistas platónicos del Renacimiento. Pero muy poca duda me cabe de que para el aparejo gramatical de los **Sueños** tomó nuestro Pulgar la misma ruta del **Diálogo de la Lengua,** sobre cuyo autor suscribe la opinión de Kelly que refuta a Juan de Valdés el primero de los escritores castellanos especialmente de la época de Carlos V.

Mas en torno de estas fuentes primordiales concurren, formal y sustancialmente, a dotar y robustecer el caudal de todos los **Sueños** grupos de escritores y obras de diversa índole, que se pueden escalonar, siguiendo un orden de importancia influyente, así: Cervantes, especialmente el de la segunda parte del **Quijote;** los **Sueños** de Quevedo, a quien Suárez exalta y aprovecha en cuanto a enriquecimiento léxico y vena satírica, pero sin extremar la ingeniosidad ni el prurito sentencioso; la **Agricultura General** de Gabriel Alonso de Herrera, escritor poco mentado, a quien Luciano Pulgar pone sobre su cabeza, citándole a cada paso y cuya única obra gradúa el Soñador de modelo de prosa castiza, popular y suelta y venero de riquezas de toda clase; los grandes místicos y ascéticos de los siglos XVI y XVII, junto con la Biblia de Vence, y particularmente, de aquéllos, Granada, La Puente, Nieremberg y Rivadeneira; los historiadores, cronistas, naturalistas y lexicógrafos de Indias, en especial Hernández de

Oviedo, Juan de Castellanos, Gómara, Oviedo y Baños, Fray Alonso de Molina, Caulín, el Inca Garcilaso y otros, asiduos proveedores de noticias, especies, giros y vocablos a todo lo largo de los **Sueños**; los prosistas del siglo XVIII, con Jovellanos y el Padre Isla por delante; los historiadores, políticos y polígrafos nacionales: Groot y Posada Gutiérrez, Núñez y Caro, Sergio Arboleda, Rufino José Cuervo; algunos poetas como Pombo y Gutiérrez González, y uno que otro costumbrista y ensayista de menos renombre, y, por fin, algunos escritores españoles del siglo XIX, como Trueba y Fernán Caballero, para el saber popular, y don Juan Valera para lo exquisito y aristocrático. En suma, que el Cervantes colombiano es, sin duda, un Cervantes, sin su genio creador y novelístico; pero es Cervantes más el geopónico Herrera; más Granada, el del **Símbolo de la Fe**; más el P. Isla, el de las **Cartas**, del **Fray Gerundio** y del **Año Cristiano**; más los cronistas de Indias; más Jovellanos, Trueba, don Juan Valera, Núñez y Caro. Y por sobre todo, es verdaderamente un nuevo Luciano, un Luciano creyente y piadoso, con la ilustración y peso acarreados por los siglos; es, en definitiva, Luciano Pulgar, creador del diálogo satírico en Colombia. Y es que no hay que ver la forma y estilo de los **Sueños** a través de los modelos clásicos españoles; muy fuertes influjos le llegan a Suárez de más arriba y más afuera. En el **Sueño de Renán**, publicado a raíz del centenario del heresiarca de Tréguier y que leí con ansia, dominados como estábamos varios jóvenes de entonces por el helenismo poco auténtico y el renanismo a campana herida de Cornelio Hispano, en ese **Sueño de Renán**, tan pobre de exégesis aún dentro de los límites de la más

estricta ortodoxia, pero donoso y jugoso que no hay más qué pedir, pone Luciano Pulgar en labios de Grocio algunos juicios sobre diversos estilos extranjeros y algunos castellanos que pudieran aplicarse, tales juicios y ponderaciones, punto por punto, al Soñador que los profiere. Habla Justino. – "Y en cuanto a ese estilo y lenguaje de Renán, en cuanto a sus atractivos literarios, ¿qué os dignáis decirnos, respetado señor?" – Y responde Grocio: -- "Que su estilo, aunque exaltado a la categoría de único e incomparable, no es eso ni mucho menos. Es cierto que por su elegancia, por su tersura y por los delicados matices de su poesía, posee como pocos autores lo que suele llamarse aticismo, condición de escritores escogidos, especialmente en días de mal gusto literario, ya provenga éste de la irrupción de prácticas extravagantes, ya del renacimiento de aquel estilo que se llamó africano u oriental, recargado de figuras. El estilo de Renán es limpio y sencillo, pero no es único ni incomparable. Mejor es acaso el de Voltaire por su fluidez, por su vigor, por su contextura, por la sobriedad de la sátira, por la transparencia. Mejor el de Pascal, porque asocia la lógica con la precisión casi matemática y con la perfección del idioma. Mejores Bossuet y Bourdaloue, cuyas palabras parecen voces de la eternidad trasmitidas por una lengua tan solemne como sencilla. De la **Imitación** no hay para qué hablar, porque Knox, crítico contemporáneo, escribe que ese libro es prodigio de estilo, aunque no sea sino por el hecho de no tener casi epítetos. Nosotros tenemos en castellano autores que no le van en zaga a Renán y que antes pueden superarlo, pues la **Ley Agraria** es libro más sustancioso y más desatado; **Asclepigenia** no

tiene par como reminiscencia de la literatura antigua; y San Juan de la Cruz, que cuidaba del estilo como pocos escritores, nos ofrece en sus pensamientos algo que es a manera de celestial sustancia puesta en el vaso más puro".

Aquí tenéis de cuerpo entero a Luciano Pulgar en su lenguaje y estilo, en sus atractivos literarios, tan terso pero menos poético y sobrio en la sátira y tan transparente como Voltaire, menos matemáticamente preciso que Pascal pero tan idiomáticamente perfecto como el amargado pensador, a veces solemnemente sencillo como Bourdaloue y dueño de la elocuencia vehemente de Bossuet, tan fluído aunque menos donairoso y juvenil que Valera, tan desatado y flexible aunque mucho más castizo, abundante y correcto que Jovellanos; ¿y quién duda que la **Oración a Jesucristo,** la **Oración a San Francisco de Asís** y la **Oración a la Virgen de Chiquinquirá** son celestiales sustancias contenidas en purísimos vasos?

No obstante, esta cuestión del estilo y forma del Soñador de los **Sueños** no puede resolverse, por la posta, como con un cuadro de proporciones estadísticas. En la obra de arte hay algo inefable e incoercible, que se escapa del análisis más diligente. En el estilo como en la persona, ¿quién logra definir el privativo gesto, el ademán esencial? Son como el aroma y el sabor de las criaturas exquisitas. Y criatura escogida es la obra de la palabra bella, que sólo rinde su intimidad singular al buen olfato y gusto de la sensibilidad ejercitada y noble.

Los **Sueños de Luciano Pulgar** están esperando un estudio analítico que se traduzca en edición anotada y

explicada. Eduardo Caballero Calderón extractó de ellos pasajes en que se exponen directamente doctrinas gramaticales y formó con esta serie de lecciones dispersas los **Sueños Gramaticales** de Luciano Pulgar. Pero las más de las veces resulta más grata y provechosa la aplicación de un principio o de una regla de bien decir en el curso de un tema no inmediatamente relacionado con la disciplina del lenguaje, que la exposición deliberada del precepto por alguno de los interlocutores del Soñador Paria. En este sentido, todos los **Sueños** son **Sueños Gramaticales**. Así, que mejor ilustración de la teoría del gerundio tal como la fijaron el señor Caro en su **Tratado del Participio,** don Rufino José Cuervo en las **Notas a la Gramática de Bello** y el propio señor Suárez en sus **Estudios** y sus **Sueños,** no se puede hallar fuera de los diversos lugares de estos coloquios, donde el participio activo surge para engarzar cláusulas en los distintos usos autorizados de ese esquivo derivado verbal.

Como en los **Sueños** el meollo y fondo de la sustancia lúcidamente se trasfunden en su estilo y forma, en su simple contextura externa, de suerte que casi siempre las ideas valen por el modo como se declaran, aquel estudio analítico que está por hacerse debiera presentar con ejemplos acompañados de sus influjos y modelos conjeturales, entre los varios aspectos de estos nuevos **diálogos de la lengua,** ante todo, su singular eficacia sintáctica, única en la historia de la lengua literaria española; el aprovechamiento de los más limpios y seguros medios de ordenación y enlace de vocablos, de frases y de cláusulas; el equilibrio entre la riqueza culta y la riqueza popular del idioma; las virtudes des-

criptivas de ese estilo y lenguaje aplicadas, sobre todo, a lo que pudiéramos llamar orografía, hidrografía, botánica y zoología estéticas y, en cambio, cierta inhabilidad narrativa disimulada por la selección castiza de los elementos. En efecto, el Suárez de los **Sueños** acierta en describir paisajes, aves y bestias, dibujándolos con pormenores graciosos y expresivos, de cosa bien observada; pero se muestra demasiado lento y parsimonioso en la economía del relato, más atento al juego castizo de los pormenores que a la vivacidad de la acción narrativa. Véase, a este propósito, la relación de las viscisitudes de militar improvisado que cuenta largamente Luciano en el último de los **Sueños**. Penetrando en la hondura diáfana de los **Sueños,** el sereno analista debe fijar el criterio religioso y político de Suárez, más valioso, hay que repetirlo, por la suma claridad y seguridad de su enunciado que por la novedad y profundidad de su contenido. Sería tarea delicada pero apasionante sobremanera hacer ver cómo ese criterio ha sido acrisolado por la experiencia, no siempre dolorosa ni mucho menos, del Presidente Paria; sorprender las incrustaciones no siempre felices de su asendereado temperamento y carácter en la variadísima trama de esa dilatada serie de coloquios, y llegando a este punto, exponer los más significativos paradigmas de su ironía. La ironía! Aquí está el acento más vivo y peculiar de ese estilo inimitable. Ironía velada en simple alusión como cuando registrando vocablos nuevos anota "el término **desesperanza** (que) nos ha venido por el arcaduz de los decadentes para uso de ciertos vates", calificación un tanto despectiva del gran poeta Valencia, "mi antagonista en la candidatura de 1.917,

famoso vate. . . .", no habiendo más referencias que esas dos y alguna que otra más vaga a su glorioso adversario. Ironía sutil y amarga como la insistencia de trasladar a otros gobernantes y particularmente al arzobispo Caballero y Góngora el lema de "Probidad y Eficiencia," enarbolado por la administración que sucedió, tras de reñidas elecciones, a la del señor Suárez y de la cual se fue apartando su dolido antecesor, acusándola, en los últimos **Sueños,** entre otros cargos, por despilfarro de entradas opimas en obras suntuarias proyectadas por las euménides viejas y nuevas del gobierno. Ironía reforzada con invectivas y sarcasmos vertidos en el más límpido idioma, pero templada por el bálsamo de la misericordia y la resignación cristianas, y graduada en su efecto corrosivo según sean los actos y condición hostiles del personaje incriminado, ya sean las euménides liberales y conservadoras, y de modo más ahincado el tenaz acusador de 1.921 y ministro de 1.925, ya sea el edecán Honorio, ya el doctor Coronario o el Senador de las canastas vacías. Ironía que le hace extremar sarcásticamente, las humillaciones y vilipendios recibidos: "Posee usted, Luciano, más atractivos que fruta sazonada para los picotazos de las aves. Antes lo detestaban por sentado y ahora lo detestan por tendido". Ironía, en fin, que, como instrumento literario, constituye la específica diferencia conforme a la cual pertenecen los **Sueños** de Luciano el de Hatoviejo al género del diálogo satírico y configuran la renovación más reciente de esa variedad dialogal que a orillas del río melodioso forjó al acre ingenio de Luciano el de Samosata. ¿Qué son, pues, los 173 **Sueños de Luciano Pulgar?** Un vasto repertorio de datos y especies de

diversa índole, predominando los asuntos filológicos, políticos, históricos, religiosos y de ese tipo de esa ciencia natural y empírica del Siglo XVIII, la que poseían Buffon, Jovellanos y Feijóo; un sostenido alegato en favor de una política y de un gobierno; una galería de personajes de la historia política nacional delineados con trazos irónicos y aún caricaturescos y presidida por "cierto sujeto muy conocido", como designa Luciano al más vehemente de sus adversarios conservadores; un desfile de sombras venerandas, consagradas por la sabiduría, por la amistad, por la lealtad, por la abnegación y por el cariño, encabezadas por la humilde madre de quien dijo su hijo ilustre: "el secreto de mis desventuras es el haber vivido al lado de la abejita adorada que fué mi providencia y que es mi ángel de guarda"; una variada exposición de principios y doctrinas tradicionistas y conservadoras y una sostenida y franca refutación y condenación de movimientos político-religiosos como el liberalismo y la masonería. Donde es de advertir que por encima de la celosa ortodoxia de su autor manifiestan los **Sueños** una información muy segura y una simpatía muy calurosa en relación con gobernantes, magistrados, hombres célebres e instituciones de los Estados Unidos de Norteamérica, ponderando vivamente de los primeros la piedad y religiosidad efectivas, las convicciones cristianas y prácticas en contraste con la impiedad de no pocos políticos tropicales. Y ese repertorio y alegato y disertación doctrinaria y galería de claros y oscuros varones se presenta bajo la figura de diálogos cuyos interlocutores – señores de nombre familiar y campechano – no son sino variantes espirituales del interlocutor

principal, el propio Luciano Pulgar que los congrega y dirige.

Para sacar fruto jugoso y gustoso de la lectura de los **Sueños,** repito que no hay que ir a buscar en sus copiosas páginas ideas demasiado originales y profundas adquiridas merced a la ciencia y novedades del mundo moderno. El señor Suárez era demasiado cauto y receloso para ser original y osado en sus pensamientos. Carecía de la audacia intelectual y del flexible ingenio de un Chesterton y un Papini, pensadores de su escuela religiosa que él alcanzó a conocer y citar en los **Sueños** con alto encomio. Tampoco procuran esos diálogos entre provectos interlocutores noticias y episodios que revelen interés por la **actualidad** pintoresca y dramática de cuya comezón andamos afanosos. Ni mucho menos sigamos pensando que sólo el resentimiento y amargura de los agravios inspiró esos sueños de desahogo. No por estar enderezado a la sátira del vicio, el diálogo satírico a la manera de Luciano el antiguo mira solamente a zaherir y vituperar. La ironía, en tal género, no es sino el picante condimento de un plato variado y apetecible. Si el trato y conversación con ancianos cultivados y prudentes todavía puede interesar a las gentes presurosas y noveleras de este siglo, los **Sueños de Luciano Pulgar** son diálogos entre personas de avanzada madurez, coloquio de **viejitos,** sí, de viejitos capaces de distraernos mejor que los mozuelos frívolos y desapacibles de hoy. Un **Sueño** de Pulgar es como una **conversa** de amigos ilustrados, a la hora de la **oración,** en el escaño del parque, a la sombra de ceibas y eucaliptos o en poltronas frailunas en cuarto penumbroso aromado de albahaca y betíver, en medio

de estanterías cargadas de libros curiosos y de añosa estampa.

Al leer la transcripción de esas fingidas pláticas, sólo oyéndonos pausadamente por dentro, saboreándolas y paladeándolas como si las estuviese profiriendo con tono y acento parsimonioso y grave, con **dejativo** acento montañés, un abuelo culto y sencillo, podemos percibir su encanto indefinible.

Más que dactilografiadas e impresas, desearía uno recorrer esas páginas presentadas en escritura caligráfica, como salieron de los propios pulgares de su autor, calígrafo sobreexcelente. Que los **Sueños** en sí mismos parecen una larga plana de desueta caligrafía con sus rasgos y rúbricas, con sus gruesos y perfiles, para ser leída con pausa, cuidado y embeleso que de seguro riñen con la prisa noticiera de nuestros días.

¿Queréis hacer la prueba de aquel encanto, de aquel olor, sabor y visión de casona fresca, limpia y sabia, que nos devuelve a canceladas épocas de la cultura colombiana? ¿Queréis que os alivie de mi ensoñar indiscreto? Pues válgome de un artificio que reitera Pulgar en sus primeros coloquios, que es el de ingerir un **Sueño** en otro **Sueño,** según el modelo que le deparó el **Sueño de Escipión.** Así, pues, voy a entresacar no más de cuatro piezas o joyas en el tesoro de los **Sueños,** que al propio tiempo nos ofrecen cuatro faces de ese poliedro maravilloso.

Si se formara una antología zoológica literaria, los retratos de animales que aparecen aquí y allá en los **Sueños,** especialmente de los que han sido puestos para servicio y alimento del hombre, descollarían por el primor de las líneas, la selección de pormenores y la

selección castiza de la frase descriptiva, en la misma fila – y talvez con ventaja – de los celebrados **portraits** del conde de Buffon. Hubiera querido colocar yo, en el sucinto florilegio que voy a ofrecer, una de las donosas pinturas de caballos que campean en varios lugares de los **Sueños.** Don Marco perteneció a generaciones de gentes para quienes la bestia caballar o mular fué vehículo único, natural e indispensable - literalmente, generaciones de **caballeros** – y siendo, a lo que parece, jinete avezado, aplicó sus dotes de clara observación y su memoria linguística a todos los elementos y usos del arte de la jineta, olvidado casi por las mocedades de hogaño, que han llegado a olvidar qué cosa es jáquima, qué cincha, qué arretranco y sudadero. Mas en la escogencia me he decidido por la pintura del gallo, inserta entre preciosos cuadros de sitios y poblaciones del sur colombiano, a propósito del viaje presidencial del presidente Suárez en 1920, que esmaltan el **Sueño de Nariño,** del tomo IV. Y lo he escogido no sólo por su garbo pictórico sino porque una vez más recuerda al "tocayo" de Samosata, uno de cuyos mejores diálogos está dedicado a esa ave procera, y autor "en quien pensaría usted – le dice Donato a Pulgar en el **Sueño del Puente de Bosa** – cuando se bautizó con el seudónimo que usa ahora". Viene bien luégo entrecoger un extracto satírico tomado del **Sueño de la Locura** (tomo X), el cual **Sueño** se señala por su condición especialmente donairosa y zumbona, con sus toques y ribetes de galantería moceril, naturalmente ajena al tono general de los diálogos pulgarescos y a toda la obra de Suárez. En seguida, una meditación dialogada sobre un punto muy de la cuerda del afligido Paria:

del olor, y que corresponde al **Sueño del Plebiscito** del cuarto volumen. Y por último un cuadro de la naturaleza física, en cuya descripción sobresalió Luciano Pulgar no tanto por dones plásticos y sugerencias musicales, a la manera de Gautier, de Heredia o de Gabriel Miró, cuanto por el cuidado, pureza y exactitud de las líneas y contornos y por la discreción del colorido.

Arrimados a ese haz de **Sueños,** honraremos de modo más cabal la memoria de don Marco Fidel Suárez, poniéndonos a la sombra de sus propias palabras.

De modo, pues, que mi Sueño sin coloquio cede el paso a coloquios de **Sueños de Luciano Pulgar.** Y se empieza por las referencias al gallo de **El Sueño de Nariño:**

"**Donato** – "A mí me han gustado mucho los gallos, y acerca de ellos recuerdo el bello boceto que pintó el doctor Manuel Uribe Angel y que ya se me olvidó, aunque procuro suplirlo con la observación que frecuentemente hago de esta notable criatura. Su apostura libre y elegante, con la cabeza erguida y mirando al sol; los colores de su morrión y de sus ojos, que compiten con los del fuego y la grana; lo fuerte de sus remos de aire y de tierra, adecuados para la pelea y armados naturalmente; su canto, agudo y sonoro, del cual vive el gallo persuadido que es poderoso a traer el sol a su llamado, y que en realidad atraviesa las distancias de selvas y de golfos, impregnado de melancolía; los espléndidos colores de su plumaje, brillante en larga copia y en gran tamaño con los matices de luz y pedrería que enriquecen al tenue colibrí: todo esto distingue al gallo y le presta créditos de admiración. Pero aún

es más admirable como emblema de instintos y de nobles pasiones, porque su altivez es tánta, que lo obligaría a agachar la cabeza al pasar por debajo de la puerta de la catedral, por no tropezar con su altura; su propia estimación vimos que lo persuade de que el sol acude al grito de su clarín; en sus costumbres domésticas es modelo de cortesía y desinterés, y como símbolo de valor, sólo la muerte pone fin a sus bríos. El gallo por esto es emblema de nobleza, símbolo de heroísmo, realidad de la caballería y verificación de aquel incomparable Héroe de la Mancha, sobre todo en esta edad y en estas circunstancias, cuando parece que a todos se nos escurre y desliza el corazón por llevarlo expuesto a la codicia.

"**Aníbal** – Caramba con Linares! ¿De dónde es usted, amigo?

"**Donato** – Soy colombiano; pero más que eso soy antioqueño, y más que eso, marinillo, sin que ello sea para causar a usted ni a nadie extrañeza, señor de Montemar, pues hasta el verso del vate de nuestra tierra, cuando dijo: "Yo no escribo español sino antioqueño", ¿sabe usted qué resulta? Resulta expresión griega y a la vez latina, de otro poeta que cantó hace muchísimos años en la capital de orbe. Pero déjeme acabar el elogio del gallo, señor don Antonio Aníbal.

"**Aníbal** – Acabe usted; ningún estorbo le haré.

"**Donato** – Pues acerca de la parte histórica del boceto, diré que no en vano las Galias, famosas por mil razones y sobre todo por haber puesto en balanza los hados de Roma, se llaman con el nombre del gallo y lo escogieron como símbolo de su denuedo y como guión de sus banderas; ni en vano está asociado este noble

animal a la historia del Apóstol a quien escogió Cristo para piedra y fundamento de la congregación que prevalece sobre el tiempo y sobre el mal en medio de las fortunas de la tierra.

"Tiene también el gallo historias harto curiosas en lo sagrado y profano, como la comparación del profeta Isaías cuando le anunció a un rey que sería llevado a lejanas tierras como gallo que se trasporta atado y cubierto, aludiendo talvez al chaleco que ahora ponemos a los gallos y que quién quita que entonces usaran. Dice también López de Gómara que a los primeros gallos que los conquistadores trajeron a la Española se les olvidó cantar a media noche, lo que si fuera cierto se explicaría por causas relacionadas con la ley de la herencia y con la diversidad de horas, provenientes de las diversas longitudes, de suerte que los gallos cantarían siempre a la misma hora del tiempo, aunque no del reloj. Boussingault duda de esta conseja del muy aficionado a ellas historiador Gómara, pues dice que él mismo ha oído en Nueva Granada cantar los gallos a aquella hora, de lo cual no queda duda, por cierto especialmente en estos tiempos, en que la gente ni se acuesta ni madruga a imitación del gallo."

Y la emprendemos ahora con una buena porción del **Sueño de la Locura** muestra del estilo satírico de Pulgar y de lo que se le alcanzaba de donaires y agudezas a su pluma gentil:

"**Dolores** –¡Pero señora! ¿Qué ha venido a hacer por acá su merced, tan hermosa y tan linda, en medio de este verano y por estos secadales? ¿Cómo ha hecho para llegar a Puerto Berrío, estando el Magdalena tan agotado como nunca se había visto?

**Desideria** – Gracias doy a usted por el interés que muestra en mi favor. Yo vengo de Holanda, a conocer a Colombia; mi patria es Rotterdam; pero dígame usted quién es.

"**Dolores** – Yo soy Dolores, la de Medellín, que habiendo perdido el juicio desde muy temprano, me di a entender que todos somos locos, menos cierto bobo que ahora, según dicen, habita en Bogotá. Mi manía es, pues, la de vivir en medio de general manía y la de extender mi dislocada conciencia a la de todos los otros, expresando esto en una tonada inventada por mí, muy divertida aunque monótona y sazonada con el recuerdo de mi amo Juvenal, que inventé únicamente para atender al compás.

"**Desideria** – Bueno, señora Dolores, ya conversaremos más largo; pero entretanto ruego a usted me indique cómo haré para adelantar mi viaje, el cual he hecho hasta ahora a duras penas, empleando casi un mes para venir de Barranquilla, trasbordando de buque en buque y venciendo al fin los obstáculos de esa manera, por no haber logrado puesto en ningún hidroavión. Siendo yo holandesa o flamenca, estos trabajos causados por la falta de agua, contrastan con la sobra que hace ella en mi tierra, la cual ha sido arrebatada al mar por medio de diques y canales. La actual situación de este puerto y de todo el territorio que domina el Magdalena es inversa de la situación de Holanda, jardín, prado, sementera y floresta continuos y deliciosos, pero hechizos, una vez que el hombre ha secado el suelo marítimo que sustenta esas riquezas y primores.

"**Dolores** – Con mucho gusto ayudaré a su merced a proseguir su viaje. Pero no me canso de verla y mirarla,

¡si usted oyera lo que dicen en el hotel unos caballeros muy leídos que allí posan! Uno le aplica lo que dijo mi amo Conto al hablar de unos ojos melancólicos que el cielo, porque fueran como él, tiñó de azul; otro dice que mientras el blanco y carmín de algunas sólo les pertenece por haberles costado su dinero, las rosas y azucenas de la señora holandesa son propias de ella y tan frescas al amanecer como a la tarde, sin que manchen las almohadas; y no falta alguno que al reparar en esas manos, que imitaría gustoso Rafael Sánchez, algo bisoño en materia de manos, recuerda las de doña María de Padilla, causa de muchas desdichas y disculpa de más yerros.

"**Desideria** – Le repito mis agradecimientos, señora Dolores, por sus buenas intenciones de ayudarme, y por sus expresiones, nacidas de un corazón nada ennegrecido por los soles de Etiopía, sino cándido y amoroso conmigo. Quiero llegar pronto a la capital de Colombia. Desde luego le repito que soy de Rotterdam, capital antigua del país de Schielan, perteneciente a los Países Bajos, llamados así porque su nivel muchas veces resulta inferior al del mar, contenido por diques poderosos. Rotterdam es patria de Desiderio Erasmo, que se levantó como gigante en tiempos del Renacimiento para restaurar la antigua literatura de griegos y romanos y para tratar la fe católica en forma original, pues al mismo tiempo que distaba de la Reforma protestante, encarecía la reforma moral y social por medio de un libro que llamó **Elogio de la Locura,** calificando de este último modo algunas costumbres civiles y eclesiásticas de entonces. Lutero y otros disidentes procuraron ponerlo de su lado, pero no lo consiguieron,

y antes, por el contrario, Erasmo aplicó a Lutero el azote de su pluma, que lo dejó resquebrajado. Yo soy de la familia del incomparable sabio, por lo cual me aplicaron su nombre; y recordando su **Elogio de la Locura** y las relaciones que tuvo con el otro sabio y católico español Juan Luis Vives, he resuelto venir a estas tierras hispanoamericanas, donde es fama que en ocasiones puja, empuja y sobrepuja la enfermedad elogiada por mi glorioso antepasado.

"**Dolores** – Yo soy parcial en este último punto, de manera que nada le entiendo a su merced, por tener zafos mis tornillos y porque lo que quiero es ayudarle en lo del viaje; y como el señor Prefecto me atiende, a causa de no ser yo loca ofensiva, pues mis manías, en vez de ser endiabladas, son agradables, espero que él me ayudará a complacer a la señora flamenca, como su merced misma se llama.

"Al efecto, espero que mi amo el señor Prefecto dispondrá que un caballero anciano y honrado, que regresa a Bogotá como empleado de policía, acompañado de subalternos bien educados, no pierda de vista a mi señora para atenderla cuando sea menester, y especialmente para protegerla contra acometidas de locos, que puede encontrar en el camino.

"**Desideria** – Muy bien, Dolores amiga. ¿Conque ya podré irme preparando para continuar el viaje?

"**Dolores** – Me parece que sí, y al efecto volaré a hablar con el señor Prefecto, a quien encontraré aquí no más . . . . Ya le comuniqué mi pensamiento y mi ruego, a los cuales asintió muy bondadoso, asegurándome que contaríamos con la asistencia del coronel Nicuesa, que así se llama mi jefe o comisario. Este es

hombre de bien y de verdad, mayor de setenta y cinco años, que hizo carrera civil y militar en la Regeneración, pero que por eso mismo quedó señalado de entredicho por el partido de los perfectos, los cuales, haciendo heroico esfuerzo de olvido y de perdón, han conferido al coronel el puestecito policial que tiene ahora. Allí gana Nicuesa un patacón diario, con que compra dos papas, media libra de carne, una botella de leche, unos puñados de arroz y avena, dos panes y unos cigarros, y pare de contar, en estos días de eficiencia y abudancia, justicia y misericordia. Aquí y ahora mismo llega el coronel.

"**Coronel** – Rogaré a los camaradas que complazcamos a la señora holandesa con alguna conversación en estos incómodos caminos. ¿No ha extrañado la caballería? ¿Ya había cabalgado otras ocasiones?

"**Desideria** – En mi tierra se reciben lecciones de equitación en algunos colegios, uno de los cuales es aquél en que hice mis estudios; sólo que allá no se cabalga en mulas, sino en bridones de mucho empuje; pero en estos países se comprende que el paso de las mulas sea preferido por el tino y seguridad que ofrece en las malas sendas.

"**Coronel** – Yo quisiera, señora Desideria, oír algunos informes acerca de Rotterdam, Amsterdam y otras ciudades de Holanda.

"**Desideria** – Atenderé a usted por complacerle, y también por el gusto que se siente al recordar la patria. Rotterdam tiene ahora una gran población, está rodeada de agua y la atraviesan varios canales, el mayor de los cuales puede recibir navíos de primera; y a pesar de ese húmedo ambiente, el clima es sano. En la ciudad

se anda entre arboledas y cristales hasta llegar al sitio donde está puesta la estatua de Erasmo, que es la plaza del mismo nombre, con un letrero en latín y flamenco que dice: "A Desiderio Erasmo, gran defensor y restaurador de las ciencias y de las letras más puras, varón de primer orden en su siglo, sin par entre sus conciudadanos y dueño de nombre imperecedero a causa de sus inmortales escritos, el Senado y Pueblo de Rotterdam cuidaron de que se le erigiese la presente estatua, costeada por el tesoro público, para que nunca falte el premio debido a tan valiosas virtudes, en su patria y entre su posteridad". – La estatua fué primero de madera, después de piedra, y al fin de bronce, quizá por orden de Felipe II. Las calles de la ciudad están cubiertas con ladrillos puestos de canto; el todo de ella parece un gabinete de cristales, por sus muchísimas vidrieras, o un jardín dilatado, a causa de sus muchas arboledas.

"**Coronel** – ¿De la Haya, de Amsterdam y de otras ciudades holandesas podría la señora darnos alguna idea?

"**Desideria** – La Haya, en el tiempo que describo (de acuerdo con los **Viajes** de don Antonio Ponz, viejos ya de más de un siglo) es la sede del gobierno holandés, del cuerpo diplomático y de los Estados generales. Es ciudad abierta y sin registro. Las antiguas iglesias católicas son hoy panteones de estatuas profanas. Hay casas de placer pertenecientes al gobierno, notables por sus jardines y animales, uno de los cuales muy extraordinario es cierta clase de palomas azules, tan grandes como pavos.

"**Coronel** – Hablando de Amsterdam, ¿es cierto que Nueva York se llamó Nueva Amsterdam antes de sonar con el nombre que tiene hoy? . . .

"**Desideria**–Curioso es usted, coronel Nicuesa; pero sírvase decirme: aquellos caminos que se están labrando y se divisan por este y por el otro lado del que llevamos, ¿son vías ordinarias, o carreteras, o banqueos de ferrocarriles?.

"**Coronel** – De todo, señora, porque en estos días nos ha entrado tánto afán, tánto prurito, tal precipitación y desespero por estas cosas, que no parece sino que, yéndose a acabar el mundo, hubiera que aprovechar los tres meses que faltan para escuchar la trompeta final. Todos, nacionales, departamentales y municipales, tienen que emprender y hacer su ferrocarril, pero ya, ya, y cueste lo que costare, mediante cualesquiera operaciones de crédito, que se tratan de improvisar a la diabla, a tontas y a locas, a tientaparedes y a paso de huracán.

"**Desideria** – ¿Y el porqué de esa manía, de esa furia y de esa ventolera, cuál será, señor Nicuesa?

"**Coronel** – Que habiendo corrido cuarenta y tres meses de gobierno sin hacer cosa mayor en asunto de obras públicas, y habiéndose consumido veinticinco millones adventicios y otros tantos normales en empresas regadas, sin sistema ni gradual provecho, la fama exige y el porvenir electoral, insuflar los días que faltan, echando el resto, violentando el curso natural de las cosas, acrecentando locamente el trabajo distributivo y atronando con bombo esas aventuras, para dotar a la sociedad con ferrocarriles efectuados conforme al estilo y a los planes de las Mil y una Noches.

"**Desideria** – No lo creo, porque eso demostraría que a Nueva Granada, o a Colombia, o a Nueva Colombia le convendría el **Elogio de la Locura,** que trazó mi antepasado Erasmo . . .

"**Coronel** – Avance un poco, Miranda, y observe si aquel bulto colorado que se divisa en aquel recodo, es la loca Catalnica, que cuando está lunática acompaña con pedradas sus habituales gritos. . . Sí, señora Desideria: aunque Catana podría servir a usted para hacer algunas observaciones, ella es peligrosa, y por eso he despachado a un compañero a que verifique laidentidad. La manía de esta loquita es gritarles "mueras" a los godos y moverse con gran rapidez, vestida de rojo, de modo que ofrece la figura de una golondrina colorada que vuela en todas direcciones con muchísima presteza.

"**Desideria** – ¿Quiénes son los godos? ¿Los hay aquí como los hubo en España y en Italia, provenientes del Norte de Europa y mezclados en las trasformaciones que provinieron de la caída de Roma?

"**Coronel** – No, señora; la población nuestra tiene por base dos gentes o naciones, que son la española o onquistadora, y la americana o conquistada, a que se agregan otros elementos. El sobrenombre de godos empezó a usarse aquí y en Venezuela para señalar a los peninsulares en la guerra de Independencia, y después a ciertas agrupaciones políticas menos exageradas en punto de libertades públicas.

"**Miranda** – Cumplida la orden, coronel. El bulto carmesí es Catalnica efectivamente. No preguntó si n otros éramos godos, porque en ese caso nos aguardaría en la vuelta de arriba, donde hay un huracán o v ntarrón crónico, para tratar de empujar por ese vo-

**lador** a la señora a quien acompañamos. Yo tuve cuidado de disuadirla y lo conseguí, no engañándola con la verdad, sino ilustrándola, y diciéndole que acompañamos a una señora holandesa.

"**Desideria** – ¿Qué rara me irá a parecer esta Catana o Catalina o Catalinica! ¿Por qué la llaman así?.

"**Miranda** – Esos nombres corresponden a unas guacamayas de poco cuerpo, pero muy bonitas por sus varios colores y por su locuacidad. Por eso llamamos de esa manera a la lunática, tocaya de unos baños termales muy buenos de Tocaima, cuyo arroyo lleva también el nombre de la guacamaya.

"**Desideria** – Los holandeses somos aficionados a la lengua castellana por razones que, como ustedes saben, se remontan a Carlos V, a Felipe II, al Duque de Alba y demás autores de cierta conquista que dejó comprobado nuestro heroísmo. Además, habiendo sido Erasmo, como les dije, muy amigo y socio del español Juan Luis Vives, el gusto de los españoles en letras y en artes flota en nuestro ambiente; y de aquí el ser yo para algo, respecto del idioma de ustedes, entendiendo perfectamente los nombres de la loca.

"**Catana** – ¡Abajo los godos! ¡Abajo los godos!

"**Desideria** – No, señora Catalina! Nosotros no somos godos; estos señores son colombianos y yo soy holandesa.

"**Catana** – ¡Abajo, abajo los godos!

"**Miranda** – Pero vea, señora, cuán ágil es esta Catana; en este momento estaba aquí gritando, y ya traspuso el recodo y se perdió de vista.

"**Coronel** – Si mi señora Desideria quiere que yo le indique algunas aplicaciones del **Elogio de la Lo-**

**cura,** en puntos de gobierno y de historia colombiana, tendré gusto en hacerlo.

"**Desideria** – Muy bien y muchas gracias, coronel. Aunque la posada no me ha dejado buenos recuerdos en cuanto a pulgas y chinches, por eso mismo distraigamos tales memorias con las narraciones que usted ofrece; y para proceder con método, sigamos tratando de mejoras materiales.

"**Coronel** – Eso se entenderá mejor cuando lleguemos a Bogotá; aunque desde luego puedo señalar a usted algunos rasgos de locura grande y oficial, muy dignos de que los ponga entre las notas de su libro de viajes.

"Al llegar a la capital verá usted que siendo ella una ciudad de 150 mil habitantes y de condiciones modestas en cuanto a edificios, ornatos y comodidades, poco faltó hace algunos meses para que se echasen por tierra los edificios de tres o cuatro manzanas muy centrales, que habrían importado tres o cuatro millones de pesos.

"**Desideria** – ¿Y eso para qué?

"**Coronel** – Para construír en ese espacio y con esos millones una especie de Quinta Avenida, remedo de la avenida de Nueva York o de las de Buenos Aires. Para semejante atentado no se ofrecía ni sombra de necesidad o conveniencia; todo se movía exclusivamente por la locura y por la razón del bullicioso yo. Esos millones iban a malgastarse y a invertirse inopinadamente en muchas utilidades, menos en la utilidad de la nación.

"Asímismo verá usted cuando llegue a la capital, la estatua de Bolívar por Tenerani, obra maestra de este escultor y monumento digno del héroe. Es por cierto esa estatua lo mejor que puede tener la ciudad, y el sitio donde está colocada, en el propio centro de Bogotá, es

decir, en el centro de su plaza mayor, no puede ser mejor escogido ni es más invariable, porque este sitio fué ordenado por la ley. Y sin embargo, poco faltó para que la manía de deshacer y desbaratar para travesear y loquear, prevaleciese en una noche, permutando el Bolívar de Tenerani por el caballo de Fremiet.

"En esto de edificios las cosas presentan el sello, o de la improvisación, o del capricho. Al Capitolio, edificio de arquitectura clásica, admirada por los extranjeros, le quieren acomodar encima nuevos cuerpos, porque en todo priva la manía de los cinco pisos. Fábricas que se veían bien, de repente son interrumpidas con torreones que parecen de alfandoque, colmados de adornos churriguerescos y del todo disonantes. Al palacio de la Justicia le plantaron en la entrada dos patagonas con tamañas espadas, que en vez de simbolizar con la balanza la Justicia, figuran con esas tizonas la perversa práctica de sacar las controversias del curso judicial para entregarlas a peligrosas resoluciones administrativas.

"**Desideria** – Me parece que en estos puntos, supuesta su exactitud, que no puedo verificar antes de verme en Santa Fe de Bogotá, se olvida el epitafio de Boerhaave, que dijimos al principio: **Sigillum veri simplex.** Al trasformar una ciudad jamás se procede al tanteo y atropelladamente, sino que, al contrario, todo se lleva despacio, de acuerdo con planes bien pensados, y en que concurren la ley, el decreto, el consejo oficial y el consejo de los doctos. Esas avenidas, trasposiciones y mudanzas me parecen literalmente perversas, porque "perverso" significa invertido y trabucado. Por consiguiente opino que semejantes cosas es-

tán muy llamadas a figurar entre las aplicaciones del **Elogio de la Locura.**

"**Coronel** – Pero aún hay otro pormenor más extraño entre éstos que constituyen la política del gobierno, inspirada en la equidad y en el buen aspecto público; porque así como hay **comitas gentium,** que quiere decir, consideraciones de cortesía, así debe haber **comitas hominum,** o conjunto de prácticas inspiradas en la humanidad.

"El pormenor a que me refiero consiste en poner como base de ascensos y como indicio de preparación diplomática ante un gobierno civilizado, la práctica consentida y tolerada y premiada durante años, del chisme oficial, del chisme impreso, del chisme calumnioso, del chisme refutado, del chisme confundido y del chisme improbado por todos.

"**Desideria** – Ah, sí! porque esto de chismes está condenado no sólo en la Biblia, sino en todo trato. La sociedad hace muy bien en reprobar esas prácticas, tan feas como dañinas.

"**Coronel** – Aclararé mi idea, señora Desideria, explicándole que esa condenación se supone solamente pero no se lee. A la opinión pública le está entrando aquí el mal de Lázaro, pues prácticamente se abraza con todo mal y especulativamente se reduce a no sentir y a callar. La prensa u opinión liberal es ministerial, de modo que mal podría reñir con nada que toque al Poder. La otra prensa, que fué definida en otro tiempo por sus principios políticos y religiosos, también está gafa e insensible, más miedosa que un ratoncillo escondido o más interesada que un zorrillo cazador. No

hay sanción sino la de las caricaturas y crueldades, que proceden por prescripción y costumbre.

"**Desideria** – Aquí las cosas andan mal y parecen poseídas de locura, a pesar del café suave, del Magdalena domesticado en perspectiva, y de los ferrocarriles y carreteras que forja a veces la imaginación y fomenta el patriotismo."

Y nos elevamos a la meditación sobre el dolor, que brilla en el **Sueño del Plebiscito:**

"**Luciano** – Así es la verdad, amigos, y esto mismo observa en sus **Pensamientos** Leopardi, cuando dice que es tonta costumbre derramar alabanzas a **tienta-paredes,** porque puede suceder que ellas favorezcan a quien no las merece y que por lo mismo trastornen tanto el juicio del favorecido, que creyéndose acreedor, las repute como ofrendas obligatorias y en vez de reconocerlas, las pague con las coces del asno.

"¡Ah Leopardi! ¡Ah portento de inspiración poética! ¡ah sujeto de dolorosos desengaños, de erudición acendrada, en que se asocian en uno la filología, la historia y la observación filosófica, expuestas por uno de los talentos más grandes del siglo XIX y por uno de los poetas más egregios! Lástima que tánta luz, tan alto estro y tan extenso saber no hubieran librado al pensador de las tinieblas en que lo sumergieron sus tribulaciones habituales, hasta el grado de decir:

"Desprécia, oh triste corazón, ahora
Esa naturaleza que del lodo
Brotó, y el bárbaro poder que oculto
En la desgracia general impera
Y la infinita vanidad de todo".

"**Justino** – El problema del dolor produjo en ese poeta el escepticismo y el pesimismo que lo han hecho famoso. En lugar de buscar la clave de esa angustiosa cifra en la tradición que empezando en el libro de Job, rematando en el libro que escribió Pedro de Rivadeneira sobre la tribulación, y culminando en las alturas celestiales del Evangelio, todo lo ilumina y resuelve, el poeta se sumió en la desesperación a donde entró por la puerta del desengaño.

"**Camilo** – Háblanos del dolor.

"**Justino** – El dolor, ante todo, es necesario por ser limitada esta vida. El tiempo, como duración que termina, explica el dolor como hecho racional. Si no hubiera dolor, la muerte sería el fenómeno más inexplicable y más cruel, porque sería la interrupción incomprensible de la dicha, sería la guadaña que en vez de cortar las mieses secas, cortaría de un tajo los jardines floridos en toda su sazón.

"Por ser el dolor un hecho necesario es también un hecho general. El se extiende a todos los hombres, de modo que pensó muy bien el poeta, cuando dijo que Dios señala a todos los mortales su lote de infortunio, como, a la aurora, el amo a los obreros señala las labores. Son inverosímiles o fabulosas las rarísimas excepciones de esta regla general, como la de Diego Quiñones, cuya semblanza refiere que jamás experi-

mentó enfermedad, contratiempo, pérdida, desdicha ni adversidad durante su vida; o como la de Polícrates de Samos, de quien dice Cicerón que disfrutó de felicidad tan pareja, que habiendo perdido una vez un anillo precioso (único contratiempo que le acaeció), al día siguiente se lo presentaron, extraído del vientre de un pez.

"El dolor físico, dice el mismo Cicerón, que es agitación penosa del cuerpo, diversa de las sensaciones ordinarias. Según esto, el dolor físico está vinculado al trabajo desmedido y a las enfermedades: es la fatiga del **tenate** mejicano que por escaleras de centenares de pasos subía con trece arrobas de mineral a cuestas; o la del cargador de Nemocón, que por una subida semejante ascendía con ese mismo peso de sal vijua, antes de que hubiera ascensor paria. Es la enfermedad que tortura, debilita, desvela y quita el reposo. Es la miseria, piedra la más pesada que agobia nuestros hombros, nube que entre todas las nubes de la desdicha es la única que no puede ser bordada por el sol del consuelo, porque priva del reposo de día y de noche.

"Otros dolores admiten tregua y consuelo y aún se observa que algunos consienten cierto grado de voluptuosidad. El indio de Pozo, cerca del río de Arma, recibía riéndose el golpe que remataba su vida, cosa explicable por cierto grado de bestialidad. Otras veces el dolor se extingue o mitiga por el influjo de sentimientos morales, que es lo que sucede cuando don Alvaro, o el destronado Estuardo, o el hijo de San Luis subían las gradas del patíbulo con ejemplar serenidad, sobrellevados por el honor o la buena conciencia. Y otras veces no son esos sentimientos naturales, sino la espe-

ranza cierta de la inmortalidad feliz y la unión con el Dios crucificado, lo que convierte el martirio en gloria y en dicha.

"El dolor moral es, como dice el mismo Tulio, inquietud que atormenta el alma, "aegritudo crucians", de manera que así como el mal físico arrebata al cuerpo la quietud, así el mal moral produce en el ánimo agitación penosa. Entran, pues, en esta graduación del dolor moral el remordimiento, la ignominia y la quiebra de los afectos. De éstos el más profundo es el afecto paternal, y por eso la muerte del hijo es el dolor de los dolores; lo cual es tan cierto, que cuando en la vejez se ha secado la fuente de las lágrimas, como decía Colón, entonces queda siempre una llave para hacerlas correr de nuevo, y es el recuerdo del hijo arrebatado.

"**Camilo** – Noto que el vocabulario del dolor es copioso y significativo.

"**Justino** – Sí que lo es. Allí podemos registrar muchas palabras como pena, contratiempo, desastre, desdicha, desventura, infortunio, angustia, tormento y otras, cuya corteza deja ver claramente su significado y permite rastrear su origen. "Tribulación" es como cosecha de penas, y acerca de ella dice Rivadeneira:

"Llámase así de **tribulo,** que es yerba aguda y espinosa, que en castellano decimos abrojo. Otros derivan el nombre de **tribula,** que llamamos trilla, instrumento con el cual se trillan y apuran las mieses. Porque así como la mies se aprieta y quebranta con la trilla y se despide la paja, y queda limpio y mondo el grano, así la tribulación, apretándonos y quebrantándonos, nos doma y humilla y nos enseña a apartar la paja del grano y lo precioso de lo vil, y nos da luz

para que conozcamos lo que va de cielo a tierra, y de Dios a todo lo que no lo es".

"**Camilo** – ¿Y qué nos dices de los resultados del dolor?

"**Justino** – Contemplándolo no ya por el lado de su condición natural y de su necesidad, sino por el aspecto de sus resultados, él es fecundo en bienes sobre toda ponderación, cuando se somete al querer divino. Por eso dice Luis Ponce de León que "lo alto, lo ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable y divino se forjó siempre en la fragua del dolor". Ya vimos que él es necesario y natural en virtud de la limitación temporal de la vida; con esta condición, esencialmente racional, cuadra la otra condición de ser el dolor la aguijada y el estímulo que nos obliga a trazar derecho el surco de esa misma vida, de tal arte que la tribulación es como la geometría de la existencia, cuyos trazos corresponden al puerto de la eternidad.

"De la misma manera ese numen coronado de tristeza, pero provisto de aliento y esfuerzo, es el secreto de las grandes obras en todo campo. Ninguna virtud llegó a ser heroica si esa mirra no la saturó. Las grandes empresas de la ciencia, las hazañas imperecederas de la gloria tuvieron a su lado el dolor como luz, como impulso, como promesa. La civilización es hija del dolor, aunque madre de la prosperidad. Colón tuvo por compañera la tribulación; Hernán Cortés padeció como pocos, conquistando medio mundo; ahora mismo Stanley escribió una elegía seguida, en lugar de una historia; y hasta la curiosidad científica da sus pasos para descubrir el polo, apoyada en la tribulación. La contradicción que acompaña muchas veces a los inventores

suele ser una de las copas más amargas del infortunio. Y el patriotismo, bajo la forma de política desinteresada, de guerras libertadoras, o de organización caritativa de las naciones, a veces recibe el galardón de la muerte.

"Esto en lo natural y ordinario; porque si se contempla en los pasos del género humano la huella que corresponde a los caminos sobrenaturales de la Providencia y a la historia divina que se desarrolló en el antiguo y en el nuevo Testamento, allí sí que reina el dolor como señal, como purificación y como prueba. Los tormentos de Job, los castigos de David, los trenos de los Profetas son el sonido que despide el arpa de los tiempos pasados; la narración de los hechos de los Apóstoles, sus cartas circulares impregnadas de lágrimas, el Apocalipsis, cuya última nota cierra el tiempo y abre lo eterno, esta trama inmensa de verdad y redención está escrita con sangre de mártires sobre la extensión de los siglos.

"**Camilo** – De aquí también que el dolor sea fuente de inspiración en los diversos países de las artes y que las obras maestras de ellas y de la literatura sean asuntos de dolor entre los antiguos y modernos. Homero y Virgilio, Sófocles y Esquilo, Dante y Shakespeare, Cervantes y Moliére, lo comprueban así, no menos que los prodigios de la música, la escultura y la pintura.

"**Luciano** – Pero todo esto es nada y no significa nada, porque falta aún considerar la fuente del dolor humano y del consuelo divinizado. El Dios verdadero y Varón de dolores es quien nos ofrece ese consuelo y esas penas, esa tribulación y esa esperanza, tanto en su martirio y resurrección como en su presencia real en medio de nosotros por virtud de su Eucaristía. Allí, a los pies de Dios crucificado, es donde cada cual puede

decir con el santo de Asís: "Oh Dios mío y todas las cosas!" Allí, a los pies del Varón de dolores, es cuando puede exclamar con el santo de Kempen: "¡Oh Dios mío y todos mis bienes!" Porque allí, unido el pecador con Dios, comprende que realidades e ilusiones, aspiraciones y memorias, todo se desvanece y vuelve nada ante las llagas de Jesús, todo: las puras y secretas visiones de Desdémona; las caídas ay! del corazón; el recuerdo de una santa que nos dejó el suyo; los anhelos de flaco renombre que entretuvieron breves años; el señuelo de bienes, vanos ellos, y vanísima su posesión. Cuando allí nos abrazamos a los pies que dominan lo inmenso del bien y lo eterno de la verdad, puede nuestra alma formarse idea de lo que serán la paz, el reposo y la dicha en el océano de la misericordia.

"**Camilo** – Me da pena el pensar que este asunto sagrado talvez no suena bien en estos diálogos, donde salen a bullir cosas mundanas y talvez pecaminosas. Mejor es que Justino con sus latines nos ilustre respecto de la idea, no ya de dolor, sino de felicidad."

Y rematamos en fin con el comienzo del **Sueño de Blas Gil y el Moro,** quizá el más artísticamente concebido y compuesto de todos, y cuyos pasos dialogados constituyen un breviario de nuestra **picaresca** política:

"La tarde del 3 de enero de 1901 fué una de las más despejadas que se den en la provincia de Tequendama, región que corre desde la encumbrada cornisa en que descansa la Sabana de Bogotá, por una de cuyas abras

da el río Funza el salto audaz que es maravilla del globo, hasta donde el Magdalena lame las tierras ardientes de su vegas.

"Bella fué esa tarde, tendida como palio de luz y de zafiro sobre pliegues de vegetación, en que se dilataba la vista, pasando de las sombras de las cañadas a las cumbres iluminadas de los montes, del verde amarillento de los cañadulzales al verdinegro de los plantíos de café, del pajizo de los potreros y del color franco de la vegetación más cercana al azul vaporoso de las cordilleras más distantes.

"Cerraba este cuadro por el oeste la cordillera del Quindío, confundiendo sus cumbres con los campos del cielo, o velándolas con los vapores del Tolima y del Santa Isabel, o dejando ver más allá de sus perfiles, nubes guarnecidas de fuego, oro y rosa, flotantes sobre los valles del Cauca.

"Al caer de aquella tarde y al compás que ella entraba en el ocaso, iba la noche subiendo por oriente y ostentando sobre sus crespones el diamante solitario de la estrella Sirio y las siete luces de Orión, de aquel Orión que es la joya más espléndida con que se adorna la hija del Caos, madre del Sueño y del Olvido. Podía, pues, decirse que en esta tarde del 13 de enero de 1901 habían entrado en competencia los horizontes de los Andes y los de Urano, para conmover a los espectadores con las aspiraciones y recuerdos que se sienten delante de las lejanías de la tierra o de las profundidades estrelladas de los cielos.

"A la hora que decimos, subía por el camino que corre del Tambo a la Sabana un jinete menos poético que la tarde que lo envolvía, caballero en un cuartago menos

brillante que las estrellas que comenzaban a alumbrarlos." . . . .

¿No véis en esa tarde así descrita el símbolo de los sueños de Luciano Pulgar? ¿No halláis acaso allí, traspuestos literariamente a un lugar geográfico, los elementos descollantes de su numen soñador?

Pues que esa tarde simbólica de Blas Gil y el Moro nos acerque vivamente a esotra tarde de abril en que se deslizaron, cien años há, en Hatoviejo, los primeros sueños, los infantiles sueños del hijo de Rosalía Suárez, y a la otra tarde, también abrileña, en que se desvanecieron en Santa Fe los últimos sueños temporales, no escritos, de Luciano Pulgar, para aposentarse, el dolorido Soñador y sus sueños, en el Sueño eterno de la justicia y de la gloria.

# ORACION A JESUCRISTO

POR

MARCO FIDEL SUAREZ

**La magnífica ORACION A JESUCRISTO, con la cual el señor Suárez contribuyó a la solemnidad del primer Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Bogotá el año de 1913, y del que ella quedó como recuerdo imperecedero en la literatura religiosa castellana, cierra este libro como obsequio final a sus lectores y por haber sido leída en una de las sesiones del homenaje.**

La persona de Jesucristo, Dios y Hombre, se presenta de tal modo a la inteligencia humana, que la satisface y sosiega. Desde que nuestra mente medita en la Deidad, la percibe como grandeza soberana, esto es, como Sér infinito, porque según la expresión de Fray Luis de Granada, nada hay grande si tiene límites. La Divinidad de Cristo sacia así nuestros más hondos anhelos; y al mismo tiempo su naturaleza humana, a la cual se une el Sér infinito, concreta esta idea agobiadora en un hombre más levantado en perfecciones que todas las criaturas, en un hombre que es nuestro hermano y nuestro amigo, a quien podemos hablar y de quien podemos esperar, no frívolos favores, sino beneficios de bien incomparable.

Del mismo modo, la persona de Jesucristo armoniza con nuestro corazón y con sus aspiraciones y necesidades. El distintivo de nuestro ánimo son las tres pasiones de que habló el Apóstol del amor divino cuando dijo que en el mundo todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. La conciencia propia y el trato con nuestros semejantes nos dicen que efectivamente la vida es una feria donde de ordinario se piensa y se obra al impulso del amor de los deleites, del amor al dinero con que aquéllos se obtienen y del orgullo o prurito de superioridad.

A poco que se medita en estos tres estímulos se reconoce que ellos son desordenados, pues el placer no puede ser fin de nuestra actividad, una vez que aumentado indefinidamente daña la naturaleza; ni el oro es un bien cuando sobrepuja a la satisfacción de nuestras necesidades; ni la soberbia puede jamás justificarse, puesto que se opone a la igualdad esencial de las almas.

Jesucristo, en su nacimiento, en su vida y en su muerte, es el contraste de aquellos tres desórdenes. Varón de dolores, El lo fue desde que empezó a respirar en un pesebre desmantelado y frío, hasta que expiró en una cruz, sufriendo todas las penas, excepto el remordimiento. Su pobreza fue tal, que viviendo de su trabajo de obrero o de las tareas de su predicación, careció de cuna, de techo, de mortaja y de sepulcro. Manso y humilde de corazón, se anonadó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de esclavo.

De suerte que la vida de Jesús es un tejido de austeridades, privaciones y abatimientos, con los cuales acude como Maestro y Redentor a vencer la soberbia, la codicia y la concupiscencia de los mortales, brillando sí su Sér divino aún en medio de aquellos sacrificios, pues cuando ayuna en el desierto los ángeles le sirven; cuando cursa los caminos de su patria, sin más bienes que una túnica, alimenta con unos pocos panes a millares de hombres, y cuando expira entre malhechores la tierra tiembla y los astros se oscurecen.

Esas virtudes de Jesucristo purifican y enaltecen la naturaleza humana. En primer lugar la austeridad de Nuestro Señor exalta el dolor, que no siempre es un mal, sino un grande elemento en la vida. La placidez del ánimo y el contento que lo posee cuando sus actos

son ordenados, son un mal cuando no corresponden a ese orden; y el sufrimiento, o sea la victoria de la voluntad sobre el dolor, es fuego que templa y crisol que purifica. El martirio, que es un dolor heroico al servicio de la verdad o de la justicia, es fecundo en dicha, porque produce gloria. Cristo, rey de los mártires, es modelo y causa de magnanimidad, de eso que hoy se llama elevación de carácter. Al someterse el Dios Hombre a la muerte, nos dio de ella la verdadera idea, presentándola como el fin de una existencia preparatoria y como la puerta que da entrada a la inmortalidad; nos enseñó también a vencer esa cruel enemiga, pues cuando ella sume en la fosa de un sepulcro nuestra dicha, entonces El nos levanta el corazón, recordándonos que es muerte de la muerte y que San Pablo le llama el Dios de la esperanza; y nos enseñó así mismo a recibirla y soportarla, y a beber su amargo cáliz, verificando el poema sublime que comienza: "Ven muerte, tan escondida", como cuando el Padre Francisco Suárez acabó diciendo: "Oh, qué dulce es morir!"

En segundo lugar, la humildad de Cristo engrandece a sus imitadores, pues al propio tiempo que ellos se tienen en nada y menos que nada cuando se comparan con aquel modelo infinito, resultan grandes por su conformidad con la voluntad divina, es decir, por la obediencia a la ley de Cristo y por el cumplimiento del deber. ¿Quién más humilde que Pablo, siervo de sus hermanos y obediente en las cadenas? Y sin embargo, aquel Vaso de elección puesto por el cielo para evangelizar el paganismo, al someter éste a la gloria de Dios, conquista para sí inmortal corona. ¿Quién más pequeño que Francisco, obligando al hermano a que le huelle la

cerviz? Y no obstante, aquel pobre religioso granjea tanto mérito al moralizar y convertir generaciones depravadas, que todos le enaltecen como Serafín humanado y bienhechor de nuestra especie.

Jesús, enseñando la humildad, rectificó la idea de la gloria. Esta es idolatría cuando tiene por fin al mismo individuo y cuando hace nacer en los otros la adulación y la lisonja, y entonces produce sin falta una reacción de abatimiento, sacando verdadero el oráculo divino: "Quien se ensalza se humilla". Pero cuando el cristiano, apartando los ojos de su nada, los eleva al Dios de la Majestad, único objeto digno de adoración y rendimiento; cuando pone por fin de sus esfuerzos la gloria del Creador, cual lo hizo el gran Capitán de la Compañía de Cristo, entonces a vueltas de esta gloria, le viene a él mismo, sin quererlo y sin buscarlo, la honra de poderse llamar hombre de Cristo y su fiel discípulo.

Finalmente, la pobreza de Aquél que fué más pobre que las aves del cielo, educa al hombre haciéndole ver las riquezas como ídolos indignos de sus desvelos; pero al mismo tiempo ese despojo voluntario enriquece al individuo, pues le da los medios de servir a la sociedad de sus hermanos. Por eso la pobreza del Evangelio ha sido desde el principio fuente de civilización material, prolongando los últimos tiempos del Imperio degenerado, puliendo y enseñando a los bárbaros que bajaban de Escandinavia o de las llanuras del Ponto, sacando a la cultura los pantanos de Germania, conquistando y colonizando las tierras del Nuevo Mundo, y hoy mismo proveyendo a las necesidades sociales por medio de La Salle o de Don Bosco.

La pobreza evangélica de los imitadores de Jesús acarrea, a la larga, inmensa copia de prosperidad y bienestar. Un caballero español, doctor de la Universidad de París, movido por la gracia de Dios, emprende viaje a civilizar las tierras del Himalaya y el Ganges, y después de recorrer treinta mil leguas obrando milagros y haciendo bienes incalculables, muere muerte solitaria en una de aquellas costas; pero las huellas de ese apóstol son tan luminosas, y sus expediciones han sido tan benéficas y admirables, que mucho tiempo después, al pasar los marinos de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a Javier con los honores de Almirante. También el héroe santo de Loyola, después de consagrarse a Dios, anda como pobre peregrino de lugar en lugar, frecuentando los hospitales, mezclado con los niños en las escuelas, encarcelado a veces por la perversidad de los hombres; pero su obra humilde se desenvuelve presto tan fecunda y tan valiente, que cuando aquel santo se dormía en el Señor, pudo legar a sus hijos por testamento estas palabras: "Os dejo un mundo".

De modo que Dios Hombre, como ejemplar y como maestro, corrige en el hombre aquellas tres concupiscencias, pero sin abatirlo, antes por el contrario, convirtiendo la sensualidad en heroísmo, la codicia en beneficencia y la soberbia en engrandecimiento, mediante la gloria del Creador. Así es que Cristo, mandándonos ser perfectos como su Padre celestial, realiza en medio de los hombres una como fábrica de modelos de pobreza, austeridad y humildad, que mantienen levantada la idea de la perfección y exaltan el blanco a

que tiran los esfuerzos de la virtud. Cuando por esas calles va una de aquellas criaturas que han hecho pacto con la castidad, con las privaciones y con el abatimiento, conduciendo filas de huérfanos, o pidiendo la limosna ostiaria para los desamparados, o en busca de enfermos, o llevando a las escuelas la enseñanza, o regresando de los desiertos donde truecan al salvaje en ciudadano y convierten en poblaciones las selvas, cuando esto vemos, podemos pensar que esas modestas criaturas por un lado imitan a Jesucristo y por otro están dando a los hombres la voz de "Excelsior" para que se perfeccionen y adelanten.

Iluminada así nuestra raza por el ejemplo y la doctrina de Cristo, exaltada así en presencia del pesebre y de la cruz, ¡qué campos tan vastos se abren en el orbe y en los siglos para buscar la perfección bajo los destellos de aquel luminar infinito! ¡Cuán elevado modelo, cuán poderoso estímulo los que llevan al hombre en pos de su glorioso fin! Esta esfera que rueda en el espacio, húmeda de lágrimas y sangre, arropada con las cenizas de la muerte, según la expresión de Juan Pablo Richter, ¡cómo se ilumina y refresca bajo las huellas de Cristo, que con su obra de Libertador divino hace recordar aquellas palabras inspiradas: "Tenebrae transierunt et lumen verum jam lucet". Pasó la noche, ya está alumbrando el verdadero sol!

Ante todo, en presencia de Jesús el paganismo con sus tinieblas y su crueldad, con sus perfidias y concupiscencias, es vencido por la ley de la hermandad cristiana. A poco vivir experimentamos que sin los influjos de Cristo es muy cierto que el hombre es lobo para el

hombre, y muy verdadero aquello que dijo el Padre Rivadeneira, que el hombre vive entre enemigos. Ante este hecho, el individuo llevado de sus instintos, o se encoge de hombros, despreciando a los demás y repitiendo como el otro: "Mientras más conozco a los hombres más estimo a mi perro"; o adopta por partido la misantropía, menos fea que aquel desprecio indiferente, pero más amarga para el que la padece y más dañina para la sociedad. Pero por encima del escepticismo que desprecia y de la misantropía que odia y se querella, se levanta la ley de la caridad, sobrenatural porque excede a la naturaleza, basada en la redención de Cristo, que ha establecido la fraternidad de los hombres, y corroborada por el reconocimiento de que las injusticias ajenas son imágenes reducidas de nuestras propias injusticias. Y por sobre este concepto de la caridad y la tolerancia, se escucha, confirmándolo, aquella conmovedora palabra de nuestro Salvador: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen".

La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo, en el momento en que, instituyendo la Sagrada Eucaristía, se dio por alimento a los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de un modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor divino. ¿Qué diríamos, en verdad, si viviendo un pobre lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y los soles del verano, sintiendo la espada de sus dolores y el dolor de verse abandonado y solo, qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido

en voluntad, el día siguiente a su coronación, ir a visitar aquel pobre, y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle con estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarlo y asearlo, sino permitir que su propia sangre fuese trasfundida en las venas de aquel desgraciado? ¿Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? Seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiese acaecido, ella sería nada, comparada con el amor de Jesucristo que se une sustancialmente al hombre, porque entre éste y Jesús va la diferencia infinita que media entre Dios y nuestra miseria, mientras que entre el Emperador y el leproso no hay, en resumidas cuentas, otra diferencia personal e intrínseca, sino la salud, diferencia que dura apenas lo que tardan los obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio.

El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo, sellado con su pasión y garantido con su presencia real diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la cruz, símbolo de ese sacrificio y de ese sacramento, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas y ampara, alivia o consuela las desgracias; esa caridad es, dígase lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo y a la formidable colisión de intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho y la libertad, base del orden público y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el Estado, y entre los diversos Estados que forman la sociedad de las naciones:

fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones, y tanteos estériles como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida, cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén.

Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su Evangelio, de su Iglesia y de su presencia real, redime perennemente. A El, crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A El, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido o convertido en ludibrio de los hombres. A El, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, el recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A esas manos clavadas pide alivio aquél que no puede obrar porque se le desconoce su derecho. A esos pies adheridos a un madero pide libertad aquél que sabe "cuán áspera es de subir la escalera de un amo". A El, descoyuntado y hecho retablo de heridas y de sangre, se dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora de pasiones y mañana de gusanos. Y a El acude el que acaba, porque El, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñar a morir.

El Verbo humanado es cabeza de su Iglesia, formada de todos los que están unidos por la doctrina de Jesucristo, por la participación de su gracia en los sacramentos y por la obediencia a su infalible Vicario. Esa Iglesia santa comprende las naciones, abraza los siglos y resiste el oleaje del tiempo y el oleaje de la in-

justicia. En su centro está Cristo crucificado, difundiendo de sus llagas los favores de su redención y de su providencia: en las de sus pies recibe el llanto de los pecadores, que se regeneran por el arrepentimiento; de las llagas de sus manos corren todas las bendiciones y todos los consuelos; y en la de su costado se recuesta la pureza y se duerme la inocencia de los párvulos que sueñan con el cielo al sentir palpitar el corazón de Dios.

La santidad en sus multiformes manifestaciones es obra de Jesucristo. El es quien da a los mártires una fortaleza tan grande que los hace superiores a los tormentos e iguala en heroísmo a Pablo con los niños Justo y Pastor, a la viuda Felicidad con el soldado Sebastián, a Esteban diácono con Cipriano pontífice, al canciller Tomás Moro con los negritos de los lagos africanos. La austeridad de los anacoretas, la pureza de los monasterios, el éxtasis de la contemplación que anticipa el cielo, de El provienen. Suyas son las inspiraciones de la ley divina expresadas por la pluma con que Luis de la Puente pintó con transparencia y sencillez insuperables los misterios de la Pasión; o por el estilo con que San Juan de la Cruz escribió pensamientos de profundidad celestial; o por aquel que sirvió a Kempis para formar ese místico oráculo por cuyo medio la Providencia habla a cada corazón la voz que él necesita. La santidad activa y social de la beneficencia tiene a Jesús por guía en todas las circunstancias y situaciones, para vencer al bárbaro, para mitigar al encomendero, para ahuyentar al pirata, para civilizar al salvaje, para contrarrestar en estos tiempos la corrupción y crueldad de los enemigos de la inocencia.

Todos los esfuerzos del hombre dirigidos a su prosperidad y perfeccionamiento convergen hacia Cristo de un modo más o menos directo o inmediato, tal que con razón puede El ser considerado como eje del verdadero progreso. Su palabra, verbo eterno de verdad, es luz de las ciencias. Ella inspiró a San Pablo y le abrió los cielos para que contemplase los misterios de la redención. Iluminó a San Agustín, dándole la ciencia de la gracia e inspirándole la divina filosofía de la historia, donde después trazó Bossuet la sociología de los siglos. Su fe aplicada a los pensamientos gigantescos de Aristóteles, les prestó alas, sobre las cuales el de Aquino ascendió a angélicas alturas. También fué suya la inteligencia del descubridor del cálculo más sublime, comparado en la variedad de su saber al atleta que con férreo brazo era capaz de conducir un carro de ocho caballos de frente; entendimiento portentoso que después de lustrar los cielos de la sabiduría, cedió la palma del pensamiento más admirable al humilde carmelita Juan de Yepes.

Muchos descubrimientos científicos son palmas que tapizan el viacrucis. Newton y Leibniz, maestros de la ciencia matemática, fueron hombres de Cristo. Galileo, Copérnico y Pascal le ofrendaron sus conquistas sobre las leyes de la naturaleza. Cuando Colón, después de navegar por un mar desconocido y por un mar de angustias e incertidumbres, alcanzó al fin la mayor de las dichas, al golpe que ésta dio en su corazón cayó de rodillas en la arena y adoró a Jesús. El que en su escritorio descubrió nuevos luceros era cristiano observante; y aquel numen contemporáneo que ha merecido ser llamado "generis humanis defensor", aquel descubridor

de la vida microscópica, educada por él para la beneficencia, también confesó solemnemente la verdad cristiana.

En todos los tiempos de la éra de Cristo, inclusive los que corren, Cristo ha tenido fieles entre los fundadores de imperios, entre los defensores de la libertad, entre los grandes legisladores y aún entre aquellos que parecen tocados por la mano de Dios para transformar las naciones, como hombres fatales, por medio de la guerra. Así vemos en torno de El a esos instrumentos de la Providencia en variedad grandiosa, desde García Moreno, que fué mártir suyo, y desde Guillermo I, que con devoción edificante hacía profesión de fe al manifestar sus victorias, hasta el inmaculado Washington que en su testamento político recomendaba a sus conciudadanos la lealtad a Cristo, hasta aquel ejemplar sobresaliente del género humano que, después de conmover la Europa, pereció cautivo doblegando la cerviz "al deshonor del Gólgota".

La belleza inefable de Jesús, el purísimo ideal de su doctrina y ejemplos, y lo grandioso de su historia y de la historia de su Iglesia, elevan tánto las bellas artes y la literatura, que en ninguna parte brillan lo bello y lo sublime como al rededor de su patíbulo. El gibelino que peregrinando por los reinos de la muerte, cantó los eternos dolores; el gran trágico que esculpió con vigoroso estilo las desgracias humanas; y aquél que alcanzó entre todos los autores la palma de la popularidad escribiendo la comedia de risa y lágrimas que representa nuestra vida diaria, todos tres siguieron a Cristo y expiraron en su seno.

El más bello asunto de los pinceles es la vida de sus discípulos y su propia imagen, que en el martirio o en la gloria hace que el lienzo y la tierra cobren existencia casi celestial. Su faz divina vence en hermosura infinita la belleza sensual de Apolo, y su agonía majestuosa eclipsa la desesperación de Laoconte. Muchos de los edificios santificados con su real presencia o donde se predica su palabra, son el sumo posible de la belleza y vencen a las Pirámides y a las torres de la arquitectura comercial, que son poco en comparación de las catedrales de la Edad Media, o de aquéllas que se elevan sobre la metrópoli de los mares o sobre la capital del mundo cristiano. El arte de los sonidos, a cuyo poder percibe el alma ráfagas instantáneas de una dicha ultraterrena, formó para Cristo sus más escogidas creaciones: a El adora esa musa divina cuando canta los misterios del juicio final, cuando expresa el dolor de la Madre de Dios en el Calvario, cuando implora la misericordia del cielo en nombre de la penitencia y cuando hace pasar sobre la tierra, cuna y sepulcro de la raza humana, el "requiem" sempiterno, voz de la muerte, confundida con la voz del ángel que guarda las promesas de la resurrección.

Jesucristo es rey de las naciones, que le reconocen como causa principal de su cultura y prosperidad, menos en aquellos días en que la locura ofusca los entendimientos, alterando la idea de la justicia y velando los rayos de la evidencia. Su Evangelio es célula portentosa a cuyo derredor se forma el organismo de la libertad y el derecho, así como todo el sistema de la legislación. La igualdad y la fraternidad, que en boca de ateos se reducen a ironía sangrienta, son plantas que no pueden

vivir lozanas sino en el huerto del Padre celestial. Por eso los pueblos, en los días de sus grandes expansiones, de sus empresas gloriosas, invocan al Dios crucificado como a Dios de los ejércitos, y su cruz es el emblema del honor sobre el pecho de los héroes, así como su imagen es símbolo de paz y alianza, colocada sobre la cima de los Andes y bendiciendo los mares y los continentes.

Su influjo trasciende al género humano, no sólo porque éste es el objeto de la expansión de su doctrina y de su Iglesia, sino porque Cristo es en los tiempos el centro de donde corren las edades modernas y a donde se dirigieron los vaticinios y presentimientos de las antiguas edades. Cristo es el Mesías de los profetas y al mismo tiempo el justo descrito por Platón, y talvez el Niño divino que cantó Virgilio al predecir los tiempos de justicia que habían de descender a la tierra al revolver de los cielos. Así es que el Dios Hombre es la piedra angular de la historia, como le llama el más vacilante de sus enemigos, y en El se cumple la palabra del Apóstol: "Jesucristo hoy, y ayer, y en todos los siglos".

El caminante que anda por las sendas de nuestras montañas madruga a veces en medio de espléndida noche, y al levantar los ojos siente, ante su nada y ante la inmensidad de los cielos y ante los arcanos del tiempo, melancólicas fruiciones en que se mezclan el silencio que suena en sus oídos y los destellos de aquellos "piélagos de lumbre". Entonces, si de aquella contemplación lo sacan el orto y el ascenso de la refulgente estrella del Pastor, puede recordar a Cristo, que también supera en luz a todo el universo de los seres y que dijo de Sí mismo: "Yo soy la raíz y el linaje de David, Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana".

Cristo ilustra, pues, nuestro entendimiento y educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo de esta suerte todas las potencias humanas; es la causa más fecunda de civilización, bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes; es cabeza y vida de su Iglesia, así como salud de las sociedades y la base más sólida de los Estados y su mejor pacificador y maestro: domina el orbe y es el centro de la historia y el foco y núcleo de los tiempos: de su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno en misteriosa trilogía, infinitamente más fecunda que la trilogía hegeliana.

Tal le podemos contemplar con los ojos de la fe, radiante de eterna belleza, admirable de juventud inmarcesible, en medio de las muchedumbres, sobre las laderas de los collados o a las orillas de los lagos, o resplandeciente de lumbre celestial, como en el Tabor o en su ascensión gloriosa. Así le podemos oír, pronunciando palabras de vida eterna, en estilo divino, propio suyo, llamando a los pequeñuelos con lenguaje tan dulce como la voz de la Providencia, fundida con lo más puro del amor maternal: o predicando su ley en forma tan clara, tan concisa, tan profunda, como no la tuvo la sabiduría griega: o empleando palabras mucho más vivas y enérgicas que las de Sófocles y Eurípides para abatir a los fariseos, a los que exaltaban la ley y la virtud en el acto de violarlas.

A El, a ese Dios y rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo venimos, porque estamos trabajados y abrumados, porque deseamos trocar el yugo que nos agobia por su yugo llevadero y suave, y porque en medio de esta noche social, El es el camino, la verdad y la vida. El sabe que hoy en el mundo, Co-

lombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su corazón, ha reconocido legalmente su soberanía y hecho de este Congreso Eucarístico un acontecimiento nacional.

¡Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística en esta semana dichosa, tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacifica: danos, pues, la paz, la paz que es dón tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura.

# I N D I C E

SINO Y DESVENTURA DE MARCO FIDEL SUAREZ
ILSE SCHÜTZ BUENAVENTURA
PAGINA NUEVE

EL CATOLICO EN SUAREZ
FRAY AGUSTIN DE BOGOTA
PAGINA TREINTA Y SIETE

SUAREZ, CORRECTOR DEL LENGUAJE
LUIS ALFONSO DELGADO
PAGINA CINCUENTA Y CINCO

SUEÑO SIN COLOQUIO SOBRE LOS SUEÑOS
ARMANDO ROMERO LOZANO
PAGINA SETENTA Y CINCO

ORACION A JESUCRISTO
MARCO FIDEL SUAREZ
PAGINA CIENTO DIEZ Y NUEVE

Universidad del Valle

Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687
http://programaeditorial.univalle.edu.co
programa.editorial@correounivalle.edu.co